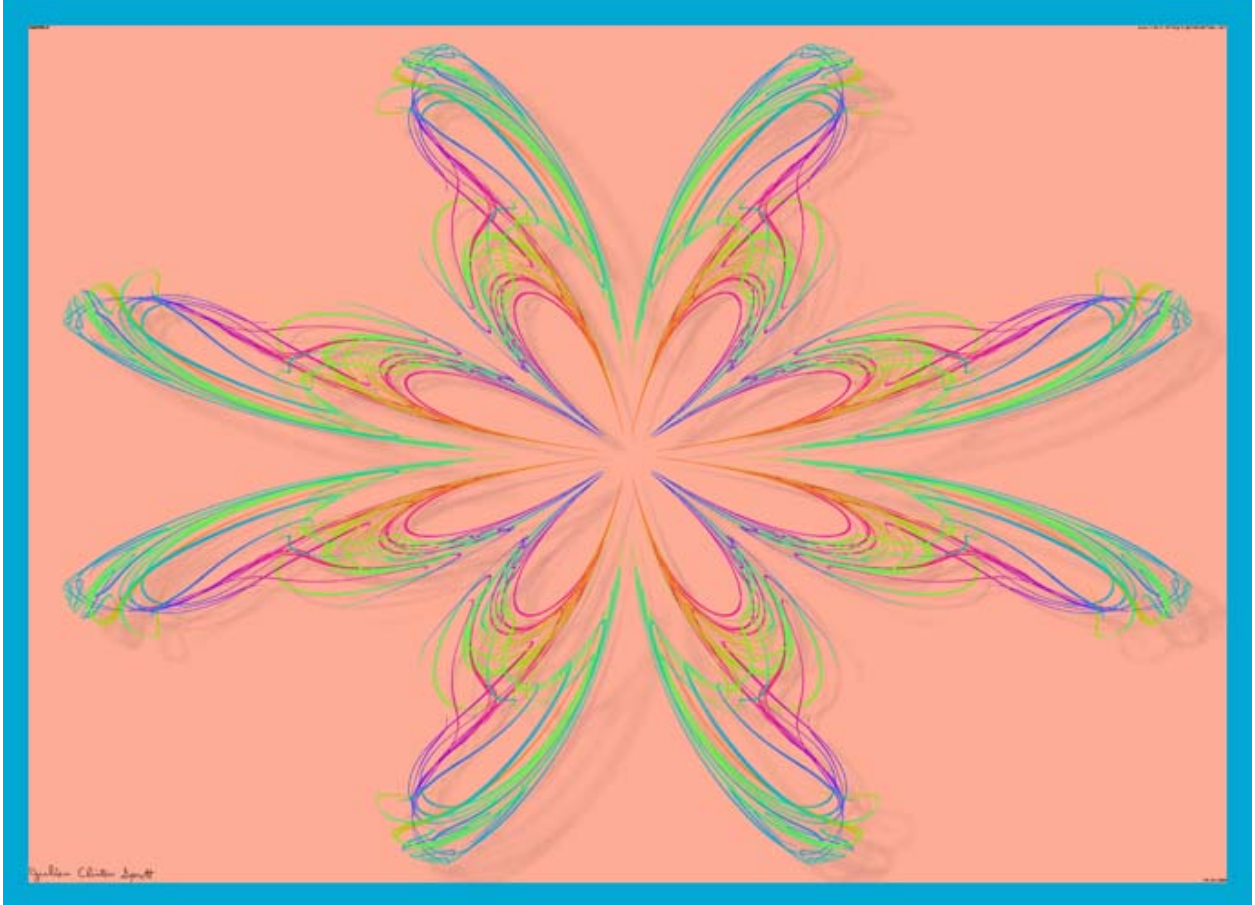


La Ciencia de la Oración



Max Kappeler

Traducido por Louisa Frost, Martha Zúñiga Gurría, y Victor M. Magallón Solórzano
de la versión en inglés
“The Science of Prayer”^{*}
Kappeler Institute for the Science of Being, 2003

^{*}*La Ciencia de la Oración* es una recopilación de dos
folletos anteriormente publicados por Max Kappeler:

- 1) *The Spiritual Principle of Prayer*. Traducido del original en alemán: *Das geistige Prinzip des Gebets*, por Kathleen Lee. Derechos de autor originales 1969.
- 2) *The Lord's Prayer—its scientific interpretation*. Traducido del original en alemán: *Das Gebet des Herrn—seine wissenschaftliche Interpretation*, por Kathleen Lee. Derechos de autor originales 1987.

© 2003, 2008 Kappeler Institute for the Science of Being, Inc. USA
[Instituto Kappeler para la Ciencia de Ser]
Todos los derechos reservados

Primera edición en inglés 2003
Primera edición en español 2008

Diseño de la portada, J.C. Sprott
<http://sprott.physics.wisc.edu/fractals.htm>



Kappeler Institute for the Science of Being USA
[Centro de Información y Comunicación:]
P.O. Box 99735
Seattle, WA 98139-0735
Tel: 206 286-1617 • Fax: 206 286-1675
E-mail: mail@kappelerinstitute.org
Web: www.kappelerinstitute.org

Abreviaturas

Lista de abreviaturas utilizadas para los escritos de Mary Baker Eddy, tomadas de las versiones autorizadas al español:

<i>C&S</i>	<i>Ciencia y Salud con Clave de las Escrituras</i>
<i>Misc.</i>	<i>Escritos Misceláneos</i>
<i>SM</i>	<i>Subtítulo marginal (en Ciencia y Salud)</i>

Las abreviaturas para los libros de la Biblia son las de uso común.¹

¹ [“Las citas de la Biblia se tomaron generalmente de la Versión Reina—Valera, revisión de 1960. Sin embargo, en los casos en que el significado es diferente de la traducción inglesa de la Biblia usada por Mary Baker Eddy (versión *King James*), se tradujeron las citas directamente del inglés o se tomaron de otra traducción, al español, de la Biblia” (Nota, C&S).]

Índice

El Principio Espiritual de la Oración

Abreviaturas	i
Índice	ii
Introducción	1
1. Al que se le Pide	2
2. El que Pide.....	3
3. El Método de la Oración	5
4. El Objetivo de la Oración	8

La Oración del Señor (el Padre Nuestro)—su Interpretación Científica

Introducción.....	12
1. La Actitud de Devoción Correcta	13
2. El Diseño Espiritual de la Oración del Señor	17
▪ Los Siete Sinónimos de Dios en la Oración del Señor	17
▪ Los Cuatro Modos Divinos de Operación en la Oración del Señor.....	22
3. Un Ejemplo de Oración Científica	24
Acercas del Instituto Kappeler	32
KI USA Publicaciones Disponibles en Español	33

El Principio Espiritual de la Oración

Introducción

¿Nos beneficiamos al orar?

Durante siglos la oración ha sido el interés principal de la persona religiosa. Millones de personas oran diariamente de una manera u otra, y por la oración muchos encuentran ímpetu, fortaleza, certidumbre, confianza, esperanza y paz renovados. Otros hallan que la oración—su concepto de oración—no sirve, porque jamás han experimentado ningún beneficio de ella. Algunos podrían preguntar por qué hay tanto mal en el mundo, a pesar de tanta oración. ¿Realmente es de algún beneficio la oración? No todos reciben aquello por lo que oran porque pudieran tener un concepto erróneo del propósito de la oración, y esto sólo podría producir un resultado equivocado. Como tal, la oración no es ni buena ni mala; sólo el contenido de la oración determina su valor. Por lo tanto, es necesario investigar lo que constituye la oración verdadera.

Investigando el Principio de la oración

La oración verdadera trae a la experiencia diaria el poder ilimitado inherente al Ser divino. Debido a que Jesús comprendió el Principio de la oración, pudo demostrarlo con certeza científica. ¿Qué es este Principio que es fundamental en toda oración? Si puede ser comprendido, se habrá dado con una fuente de poder que sobrepasará todas las fuerzas humanas y materiales. Su investigación no puede ser dejada exclusivamente a los sentimientos religiosos o emocionales, sino que requiere de comprensión espiritual. No es por casualidad que eminentes naturalistas estén interesados en la investigación de la naturaleza de la oración. El famoso ingeniero eléctrico Charles P. Steinmetz, escribió: “Pienso que el mayor descubrimiento será hecho en el ámbito espiritual. Aquí hay una fuerza que la historia claramente enseña que ha sido el poder más grande en el desarrollo del hombre y la historia. Sin embargo, solamente hemos estado jugando con ella y nunca la hemos estudiado seriamente, debido a que contamos con las fuerzas físicas. Algún día, la gente aprenderá que las cosas materiales no proporcionan felicidad y sirven de poco para hacer a los hombres y a las mujeres, creativos y poderosos. Entonces, los científicos del mundo dirigirán sus experimentos hacia el estudio de Dios, de la oración y de las fuerzas espirituales, que hasta ahora apenas han sido tocados. Cuando este día llegue, el mundo verá más avance en una generación de lo que ha visto en las últimas cuatro”.²

¿Cómo puede ser comprendido este Principio de la oración? Explorando los cuatro factores esenciales que son la base de toda oración:

1. Al que se le pide.
2. El que pide.
3. Los medios de la oración (por los cuales comulgan el que pide y al que se le pide).
4. El objetivo de la oración.

Estos cuatro factores constituyen el Principio único de la oración y, en consecuencia, deben ser de la misma naturaleza. Jesús declaró: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en

² Charles P. Steinmetz, como fue citado en *Church Federation*, Junio de 1930 [*La Federación de la Iglesia*].

espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24). En la oración verdadera, al que se le pide, el que pide, los medios y el objetivo de la oración, participan de la naturaleza del divino Espíritu puro, de otra manera tendríamos un concepto erróneo de la oración. Es necesario comprender estos cuatro factores en su significado espiritual puro, así que investiguemos cómo constituyen el Principio espiritual de la oración.

1. Al que se le Pide

La oración definida

Como punto de partida, resulta de gran ayuda la definición de oración como la da Mary Baker Eddy: “La oración que reforma al pecador y sana al enfermo es una fe absoluta en que todas las cosas son posibles para Dios—una comprensión espiritual de Él, un amor desinteresado” (1:1). El punto esencial de esta definición es la omnipotencia de Dios, para quien “todas las cosas son posibles”. Pero, ¿qué es Dios? La misma autora define a Dios como: “Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor” (465:10). Siempre que deseemos ser conscientes de la naturaleza precisa de Dios, nos ayuda el sustituir el término Dios por estos siete sinónimos.

a) *La perfección espiritual de Dios.* La oración en la que “todas las cosas son posibles para Dios”, está basada en la perfección de Dios. Cuando utilizamos los siete sinónimos para Dios sabemos que la verdadera oración se basa en la Mente: que todo lo conoce, que es del todo sabia, del todo inteligente, todopoderosa y toda acción; en la realidad y sustancia indestructible del Espíritu, el bien único, el despliegue constante del máximo del bien; en el flujo inmutable del sentido espiritual del Alma que imparte alegría, satisfacción y seguridad constantes; en el Principio del ser espiritual que gobierna todo armoniosa, absoluta e imperativamente; en el inagotable manantial de la Vida, su plenitud, novedad y espontaneidad; en la Verdad divina, que siempre hace lo correcto, que establece la verdad y ejerce su indisputable dominio; y en el Amor omnímodo, que ya ha realizado su obra perfecta.

En la oración, “todas las cosas son posibles para Dios”, porque todo concepto humano de la perfección de Dios debe ceder al concepto divino. El Ser perfecto conoce sólo la perfección, las “cosas del Espíritu”, y sólo éstas existen en realidad. Dios, el Ser divino, no puede realizar nada que sea contrario a su propia naturaleza como Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor.

b) *La autoexpresión perfecta de Dios.* Dios no sólo es autoexistente, sino también perfección autoexpresada. No es necesario pedirle a Dios que actúe; el Principio del Ser actúa por sí mismo, demostrando constantemente su idea infinita. De acuerdo con Pablo, “Dios... en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13).

Resulta ajeno a la verdadera naturaleza de la oración pedirle a Dios que sea más de lo que ya es y que haga más de lo que ya ha hecho. Por el contrario, en la oración, la conciencia se regocija en el hecho de que la operación omniactiva, omnipotente, omnisciente y omnipresente de Dios, no puede retener su expresión de perfección. Dios, en su naturaleza séptupla, podría decir: “Soy la Mente todo activa—no puedo hacer más de lo que ya he hecho; soy el Espíritu, la única verdadera sustancia del ser, dando ya el máximo de bien—no puedo otorgar más que eso; soy el Alma, y no puedo dar más satisfacción que la alegría infinita que ya he dado; Soy el Principio gobernante, operando ya como la armonía completa—aun cuando los sentidos materiales no se den cuenta de ello; soy la plenitud de la Vida, colmando toda experiencia con la novedad y sobreabundancia del Ser eterno—ya he dado más de lo que la gente está preparada

para recibir; soy la Verdad—no puedo hacer más de lo que es absolutamente correcto, lo divinamente justo, y esto sobrepasa la justicia humana; soy el Amor que todo lo abarca, compartiendo ya la riqueza de mi perfección con todos—logrando más de lo que la concepción humana puede imaginar o desear”.

Al orar de esta manera, la conciencia se fortalece con la certeza de que la perfección de Dios ya está en acción.

c) *La perfección de Dios ya está manifestada como hombre.* Como la perfección del Ser espiritual no sólo es autoexistente, sino también autoexpresada, la creación de Dios, el hombre verdadero y el universo verdadero, también debe ser perfecta. La humanidad perfecta—no los varios miles de millones de mortales—es la manifestación de Dios. El hombre es Dios en acción; el hombre es la Mente, el Espíritu, el Alma, el Principio, la Vida, la Verdad y el Amor en acción, lo divino manifestado. De acuerdo con la exigencia de Jesús: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mat. 5:48), la oración verdadera no conoce el bien no manifestado. La oración “...no tiene poder para alcanzar más de la presencia divina de lo que está siempre a nuestro alcance” (12:3). El deseo de mejorar la imperfección al punto de la perfección no es verdadera oración, la cual acepta la perfección espiritual en toda situación, sin importar cuál pueda ser la evidencia material.

d) *La perfección de Dios es una con la perfección del hombre.* Dios, el Principio del Ser, el Uno, que es omnímodo, siempre se manifiesta dentro de su propio Ser, y las ideas infinitas de este Principio jamás pueden salir de este ámbito único.

Así, el Principio y su idea, Dios y el hombre, es uno. El hombre es uno con Dios, el Dios completo, el Dios perfecto. Por lo tanto, la oración nunca está dirigida a un Dios externo, a un Dios distante. Oramos a Dios como una presencia dentro de nuestra conciencia divina; nada se puede esperar de un Dios que suponemos existe fuera de nuestra conciencia divina.

La oración es la aceptación consciente de esta unicidad. ¿No fue ésta la manera de orar de Jesús? Las oraciones de Jesús eran “profundas y concienzudas declaraciones de la Verdad—de la semejanza del hombre con Dios y de la unidad del hombre con la Verdad y el Amor” (12:14). La oración sirve para ponernos en armonía con el Principio divino del Ser. Abraham Lincoln dijo que el objetivo de la oración no es el que Dios esté de nuestro lado, sino el que nosotros estemos del lado de Dios. Si en la conciencia somos uno con Dios, entonces Dios también es uno con nosotros. La perfección que buscamos está “en nosotros”. “El reino de Dios está entre vosotros” (Luc. 17:21). Sólo podemos orar al “Dios en nosotros”. Si estamos en armonía con el “Dios en nosotros”, tenemos la perfección de Dios dentro de nosotros; tenemos todo y no necesitamos pedir nada más. ¿Por qué tendríamos que pedir algo que ya tenemos? “¿Esperamos cambiar la perfección?” (2:24) El dador de todo el bien, el regalo de todo el bien y quien recibe todo el bien son uno: la realidad y perfección del Ser verdadero. No se necesita añadir nada. Así nos damos cuenta de que Dios no está tanto “en nosotros”, sino que Dios siempre se manifiesta “como nosotros”, como todos y como todo. Ya no oramos para que Dios pueda venir a actuar en nosotros, sino que aceptamos que Dios vive, se mueve y tiene su ser como nuestra verdadera individualidad. El estar conscientemente en armonía con la acción omnipresente de la Mente, el Espíritu, el Alma, el Principio, la Vida, la Verdad, y el Amor es el secreto abierto del poder de la oración.

2. El que Pide

a) *El que pide no es una persona.* ¿Podemos nosotros, como personas, orar al Principio impersonal, Dios? ¿Puede un ego personal alcanzar al Ser divino, comulgar con él, ser uno con

él? Como el Principio de la oración es espiritual, el que pide debe también ser espiritual. El hombre corpóreo, físico y material, es completamente diferente al espiritual. Ni un santo ni un pecador pueden, como personas, ser quien verdaderamente pide. “Y sabemos que Dios no oye a los pecadores...” (Juan 9:31), ni a los santos, sino al hombre espiritual, que es el único que puede orar correctamente, ya sea que externamente parezca un santo o esté oculto en el llamado pecador como el “remanente” divino. Sólo lo espiritual en ellos, que en todo momento y sin restricción está disponible para todos, puede orar verdaderamente.

b) *Sólo lo divino en nosotros puede orar verdaderamente.* La unicidad divina sólo es posible cuando el que pide es de la misma naturaleza de aquél al que se le pide. Tales de Mileto (alrededor de 550 A.C.), el fundador de la ciencia, declaró que lo semejante sólo puede ser conocido por lo semejante. Pablo también estaba consciente de esta verdad científica fundamental, y lo puso en palabras tales como: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros...” (Rom. 8:26). No somos nosotros los que oramos, sino que es el Espíritu mismo el que ora por nosotros. “Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?” (I Cor. 2:11). Los mortales no pueden conocer lo que es Dios, por lo tanto, no pueden orar eficazmente a Dios, porque sólo lo semejante puede comulgar con lo semejante; pero el espíritu de Dios—el Espíritu infinitamente individualizado, Dios—en cada uno de nosotros, o como cada uno de nosotros, puede conocer a Dios, el Espíritu, y adorar “en espíritu y en verdad” (Juan 4:24). Juan lo puso así: “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (I Juan 5:14). Dios no puede oírnos mientras nos acerquemos a Él con un propósito personal, de acuerdo a nuestra voluntad, a nuestros deseos. Es necesario que oremos de acuerdo a la voluntad de Dios, y sólo lo divino en nosotros, lo divino como nuestra verdadera individualidad, puede conocer lo divino y ser uno con el Ser divino, que es infinito y omnímodo. Pascal declaró “Tú no me hubieras buscado, si no me hubieras ya encontrado”; lo que buscamos ya está presente dentro de nosotros. La razón por la que anhelamos a Dios, el Espíritu, es porque el espíritu de Dios ya mora en nosotros, es nuestra individualidad divina. Muchos artistas experimentan en su trabajo lo que Picasso quiso decir cuando expresó: “Yo no busco, encuentro”.

c) *Orando a Dios desde la perfección.* Dios, el Ser divino, siendo perfecto y autoexpresado, su manifestación, el hombre, también sólo puede ser perfecto. En esta unidad de Dios/hombre, el hombre es la idea perfecta de Dios que conoce su propia perfección y puede, por lo tanto, orar sólo desde el punto de vista de la perfección. Como lo semejante produce lo semejante, “La perfección se consigue sólo con la perfección” (290:23). “Sin preparación para la santidad, no podemos recibir la santidad” (15:33). Así, el punto de partida de la oración nunca debe ser la imperfección; nunca debe ser el pecado, la enfermedad, la carencia, la desarmonía o un deseo de mejorar la imperfección.

d) *El que ora y la respuesta a la oración, es uno.* La oración desde el punto de vista de la perfección, conlleva la certeza de que nada puede fluir hacia dentro desde el exterior. Así como no podemos buscar a Dios sin haberlo encontrado, tampoco podemos orar verdaderamente sin haber ya encontrado la respuesta. La oración incluye la respuesta; no hay oración sin respuesta. De esa manera hallamos la ley divina de que la adoración divina a Dios lleva consigo las bendiciones divinas de Dios. Si oramos con una Mente semejante a Dios, estamos en armonía con la Mente divina y participamos de las bendiciones de la Mente en nosotros. Si oramos con un Espíritu semejante a Dios, estamos en armonía con el Espíritu divino y participamos de las bendiciones del Espíritu en nosotros. La misma ley se aplica a la naturaleza de Dios como Alma,

Principio, Vida, Verdad, Amor. Tal oración es oración respondida.

Esta ley está muy claramente ilustrada al final del Antiguo Testamento. Malaquías reprende a Israel porque se acercó a Dios con un estado de conciencia imperfecto: ofreció a Dios pan contaminado, animales ciegos, cojos y enfermos, cosas viciadas, aunque Dios era un “Gran Rey”. A un gran Dios sólo puede uno acercarse con una conciencia grande, amplia y completa. “Traed todos los diezmos” (la perfección) “al alfolí” (la conciencia) “y haya alimento en mi casa” (una conciencia de abundancia), “y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos” (el Principio universal gobernante), “si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Mal. 3:10). Esta ley es demostrable porque es científica; de hecho, es evidente por sí misma. Cuanto más seamos uno con el “gran” Ser, tanto más este Ser es universalmente uno con nosotros, y su operación se hace inevitable, demostrando ser nuestra individualidad verdadera. El Ser es el único Ser, el Ser único infinitamente individualizado.

3. El Método de la Oración

Ahora consideremos el método de la oración, que establece y fortalece la unidad del que pide y del que se le pide.

a) *La comprensión espiritual de Dios.* En general, a la oración todavía se la relaciona bastante con la emoción, el ruego, la súplica y la fe ciega. La oración de fe que salvará al enfermo (ver Santiago 5:15) tiene efecto sólo en la medida en que la mente humana actúa poderosamente sobre el cuerpo humano. Porque el efecto en el cuerpo de esta llamada mente, no es generalmente bien entendida; una curación de fe es atribuida a Dios o al poder de la oración. La creencia ciega en Dios y la creencia en el poder sanador de un medicamento tienen la misma y única naturaleza, la creencia humana, el recuerdo de una estructura mágica y mítica de la conciencia mortal.

El Principio espiritual de la oración exige una comprensión espiritual de este Principio y no sólo una creencia ciega. Una comprensión espiritual de la naturaleza de Dios es el método por el cual puede hacerse consciente la unicidad del que pide y de aquel al que se le pide. Esto se basa en un conocimiento de lo que constituye la Mente, el Espíritu, el Alma, el Principio, la Vida, la Verdad, el Amor, que eleva la oración fuera de la oración de creencia hacia la oración de comprensión espiritual.

La comprensión espiritual es de Dios; es una cualidad del mismo Dios, no de los mortales. Un mortal no es un “comprendedor” de Dios. “*El Espíritu* imparte la comprensión que eleva a la conciencia y conduce a toda la verdad” (505:17), la “...comprensión espiritual, es la evidencia obtenida del Espíritu” (23:20). La comprensión de Dios de sí mismo reside en el ámbito de la conciencia espiritual, y la oración es la manera de hacerse uno, consciente de esta comprensión.

¿Qué es entonces esta oración de comprensión espiritual? Vista a través de los siete sinónimos para Dios, es la conciencia de que no tenemos otra mente, sino la Mente que es Dios; que ningún espíritu se mueve y se despliega dentro de nosotros, sino el Espíritu que es Dios; que ningún otro ego, ninguna otra individualidad, identidad o alma se identifica con nosotros, sino la individualidad del Alma que es Dios; que ningún otro principio nos rige, sino el Principio que es Dios; que ninguna otra vida nos vive, sino la Vida que es Dios; que ninguna otra verdad dentro de nosotros es consciente de sí misma, sino la Verdad que es Dios; y que ningún otro amor mora en nosotros, sino ese Amor que es Dios.

b) *Amor desinteresado.* La definición de oración que tomamos como base (ver pág. 2)

puso primero una “fe absoluta”, no sólo como “una comprensión espiritual de Él”, sino también como “un amor desinteresado”. ¿Qué significa amor desinteresado? No es sólo un amor sin egoísmo, sino un amor que está libre de cualquier individualidad o yo personales, que ni ama como una persona, ni es amado como una persona, ni ama a otra persona. El amor desinteresado está libre de cualquier egoísmo, libre del “yo” o el “tú”; es sólo amor que no puede dejar de ser amor; es amor como tal, que permanece como amor aun si no tiene respuesta (ver C&S 586).

La oración del amor desinteresado está libre de cualquier motivo o deseo personal o egotista, tan libre del yo, que sólo Dios y la comprensión de Dios de Él mismo, rige nuestras inclinaciones. Cualquier individualidad personal cede al Uno infinito, al Principio divino y su idea infinita y a su plan. Entonces todo nuestro amor permanece reverentemente inclinado ante la magnitud de la idea divina y su promesa; el amor desinteresado se enlaza con la comprensión espiritual y sentimos la calidez de la oración.

El amor desinteresado trasciende la exigencia moral para renunciar a la propia individualidad, y no pide la abnegación propia ni el sacrificio. La actitud de la oración no es moral, sino espiritual. Toma la forma más sublime de gracia. Cuando entendemos cómo no reclamar para nosotros ninguna otra mente, sino esa Mente que es Dios, la tendencia a aceptar una mente propia se rechaza sin ninguna sensación de sacrificio, y nuestro “yo” cede a la manifestación infinitamente individualizada del Uno y Único.

c) *Estar quietos y dispuestos a aceptar la obra de Dios.* Cuando sólo Dios y sus ideas como el Todo-en-todo es aceptado, y el “yo” personal, con su voluntad humana y sus ambiciones personales, es silenciado, la paz y la quietud del Ser divino se esparcen dentro de nosotros y escuchamos; Dios en, y como, nuestra verdadera individualidad, es oído—él ora en nosotros. Los escritores bíblicos sabían de esta quietud y de la importancia de escuchar la voz de Dios.

En la conciencia del amor desinteresado el pensamiento se abre de par en par, dispuesto a ser usado por el plan del Amor divino. La armonía en constante operación del Principio-Todo, se admite sin restricciones y hay una disposición para aceptar aquello que nos corresponde en toda situación. La conciencia que ya no opone ninguna resistencia a la realización individual del plan de vida divino, está en un estado de transparencia espiritual en el cual tenemos la certeza de las grandes cosas que Dios cumplirá en nosotros; es como sentirnos maravillados ante la aventura divina del Amor.

Esta disposición de permitir que Dios acontezca dentro de nosotros, esta disposición a dejar que Dios se realice en nosotros—siempre basada en la comprensión espiritual, no en la creencia ciega—es verdadera humildad. “Porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (Mat. 6:8). No somos nosotros los que podemos saber lo que necesitamos—no por nosotros mismos, por nuestras propias concepciones e imaginaciones, quienes podemos saber cómo debe actuar Dios y lo que debe concedernos—sino que en lo profundo de la oración estamos conscientes de que Dios ya conoce lo que necesitamos aun antes de que lo deseemos, y estamos dispuestos a dejar que suceda lo Dios que ha planeado; “no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Luc. 22:42). Con Pablo nos damos cuenta de que: “Bástate mi gracia” (II Cor. 12:9). Ya no pedimos algo nosotros mismos, sino que abandonamos todos los planes y metas personales y egoístas, y estamos abiertos de par en par a la obra de la plena suficiencia de la gracia. En la oración sabemos que: “...el Padre que mora en mí, él hace las obras” (Juan 14:10).

d) *Aceptar la obra de Dios sin resistencia.* La oración es el deseo de aceptar a Dios como es, así como a Su plan de acción. Al no nos oponernos a la obra de la Mente y sus ideas, del Espíritu y sus ideas, del Alma y sus ideas, del Principio, de la Vida, la Verdad y el Amor y sus

ideas, Dios ora en nosotros.

Cuando todo está completamente quieto dentro de nosotros y escuchamos, es como si escucháramos a Dios como nuestro ser más íntimo decir continuamente: Soy la Mente divina en ti, la Mente que es toda acción, inteligente y sabia. Cuando no interponemos conceptos, deseos o metas personales, la Mente se manifiesta en nosotros constantemente como: inspiración, nuevos pensamientos, una perspicacia fresca y una visión más amplia.

Cuando todo está completamente quieto dentro de nosotros y escuchamos, es como si escucháramos a Dios como nuestro ser más íntimo decir continuamente: Soy el Espíritu divino en ti, el único bien, la única realidad, la verdadera sustancia. Cuando no interponemos afectos materiales, cuando no queremos que nuestro propio concepto de bien se realice, el Espíritu se refleja en nosotros constantemente como el despliegue del máximo bien espiritual.

Cuando todo está completamente quieto dentro de nosotros y escuchamos, es como si escucháramos a Dios como nuestro ser más íntimo decir continuamente: Soy Dios, el Alma, en ti, tu gran destino, tu verdadera individualidad, tu identidad divina. Cuando en el camino no interponemos emociones y especulaciones humanas ni el obstinado sentido material, el Alma continuamente cambiará lo que necesite ser cambiado hasta que esa misión que está destinada para nosotros se cristalice con poder irresistible.

Cuando todo está completamente quieto dentro de nosotros y escuchamos, es como si escucháramos a Dios como nuestro ser más íntimo decir continuamente: Soy el Principio divino en ti, el único Principio, el Principio gobernante, absoluto e imperativo. Cuando no interponemos el ego personal, las opiniones, las teorías, la voluntad, la ambición y el orgullo personales, ni la rectitud personal, sabemos que este Principio [—que siempre está en operación—] es nuestro verdadero autogobierno, la gran autoridad dentro de nosotros que demuestra con poder absoluto nuestra naturaleza divina.

Cuando todo está completamente quieto dentro de nosotros y escuchamos, es como si escucháramos a Dios como nuestro ser más íntimo decir continuamente: Soy la verdadera Vida en ti, la Vida infinita y eterna. Cuando no interponemos un concepto de vida finita, orgánica, física y temporal, y cuando nos elevamos por encima de nuestras experiencias de vida anteriores y dejamos de lado nuestros planes para el futuro, dejamos a la Vida divina vivir completamente en nosotros para expresar nuestra verdadera individualidad e iniciar el progreso verdadero del nuevo ser.

Cuando todo está completamente quieto dentro de nosotros y escuchamos, es como si escucháramos a Dios como nuestro ser más íntimo, decir continuamente: Soy la única Verdad real en ti, tu integridad, el salvador en ti. Cuando no interponemos una conciencia errónea, personal y mortal, el inconsciente o subconsciente en nosotros cede a la conciencia divina, y la Verdad obra como la Verdad completa, el salvador que todo lo corrige, que revela la plena estatura de la naturaleza de hombre.

Cuando todo está completamente quieto dentro de nosotros y escuchamos, es como si escucháramos a Dios como nuestro ser más íntimo, decir continuamente: Soy el Amor perfecto y universal en ti, el plan de salvación. Cuando no interponemos el amor propio o el plan humano, ni la duda o desconfianza, ni ninguna sensación de imposibilidad, aceptamos el plan íntegro del Amor, y el gran propósito del Ser divino se realiza de una manera más allá de todo lo preconcebido humanamente.

Cuando Él ora en nosotros de esta manera, se toca la totalidad del Ser único como un ser real.

4. El Objetivo de la Oración

a) *La respuesta a la oración.* Dios sólo puede darnos lo que corresponde a Su propia naturaleza, aquello que es espiritual y divino. El pedir por cosas materiales, asuntos personales o para que algo suceda en el mundo, no es oración. En la oración nos liberamos de todas las concepciones humanas, materiales y personales, y permitimos que nuestros pensamientos y esfuerzos sean dirigidos hacia nuestra más íntima unicidad con el Principio del Ser divino. Esta oración es respondida como desarrollo espiritual, crecimiento en gracia, experiencias más elevadas, las bendiciones y frutos del Espíritu. Lo que fundamentalmente obtenemos de la oración es el descubrimiento de nuestra divinidad; la divinidad de la humanidad.

Viendo esto a la luz de los siete sinónimos para Dios, consideramos que la oración es respondida:

- no al satisfacer *nuestras* concepciones, opiniones e intenciones, sino al aceptar que somos la iluminación, la inspiración y el conocimiento de la Mente divina;
- no al mejorar nuestra condición material, sino al aceptar que poseemos la sustancia del Espíritu, la riqueza de las cualidades espirituales;
- no al recibir el perdón del pecado y su redención, sino al aceptar que somos los representantes inmaculados del Alma, la imagen y semejanza identificada con Dios;
- no al hacer que algún asunto humano funcione, sino al aceptar que somos la operación del Principio;
- no al desplegar nuestro propio modo de Vida, sino al aceptar que somos la experiencia y el vivir de la Vida misma;
- no al resolver de manera personal nuestros problemas, sino al aceptar que tenemos la conciencia de la Verdad divina que actúa como un salvador para el mundo entero;
- no al satisfacer todas nuestras necesidades humanas, sino al aceptar que en la superabundancia del Amor no tenemos ninguna carencia, ninguna necesidad insatisfecha.

b) *Dejar que Dios nos bendiga a Su manera.* En la oración verdadera no tratamos de determinar humanamente las bendiciones que resultarán; el arte radica en estar dispuestos a dejar que Dios realice lo que ha destinado para nosotros. La oración es independiente de los “qué”, “cuándo”, “dónde”, “cómo”, “por quién”, “para qué” de las concepciones humanas. Lo que humanamente sentimos que es nuestra verdadera necesidad, puede no serlo en absoluto. “Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios” (I Cor. 3:19). El hecho es que “vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad” (Mat. 6:8).

La humildad permite al Principio divino operar en, y como, nuestra verdadera individualidad, y participamos de esas bendiciones que *Dios* ha preparado para nosotros.

El Salmista escribe: “Jehová cumplirá su propósito en mí” (Sal. 138:8). Nosotros no tenemos nada que perfeccionar, el Principio divino lo hace. Job lo expresó de esta manera: “Él, pues, acabará lo que ha determinado de mí” (Job 23:14). Cuando aceptamos la verdad eterna del Ser, de que nunca acontece nada, sino la obra del Principio infinito y su idea infinita, entonces sólo esa intención de Dios puede realizarse en nosotros.

La oración de humildad que permite que el plan de Dios sea perfeccionado en nosotros, no tiene nada que ver con el fatalismo. Por medio de la comprensión espiritual (ver pág. 5) conocemos lo que constituye la naturaleza fundamental de las bendiciones de Dios—bendiciones de la Mente, el Espíritu, el Alma, el Principio, la Vida, la Verdad, el Amor—y tenemos una gozosa certeza de las grandes cosas que Dios tiene reservadas para nosotros.

Cuando en la oración estamos continuamente dispuestos a aceptar a la Mente divina del todo inteligente, como nuestro conocimiento y sabiduría, permitimos que nuestros pensamientos y deseos sean modelados por la Mente divina, esperamos nueva inspiración y visión, y anticipamos ver cómo nos guiará y conducirá.

Cuando en la oración, estamos continuamente dispuestos a aceptar al único Espíritu divino, el bien infinito, con su orden perfecto, como la única sustancia y realidad, permitimos que nuestros afectos sean enriquecidos por las cualidades espirituales, esperamos el bien sin medida, y anticipamos ver los frutos imperecederos que se producirán en nosotros.

Cuando en la oración, estamos continuamente dispuestos a aceptar la única Alma inmortal, impecable e inmaculada, como nuestra identidad indestructible, permitimos ser transformados por ella sin ninguna resistencia, esperamos que ocurran grandes cambios en nuestra experiencia, y anticipamos nuevas posibilidades y facultades, mayores de cuanto podamos imaginar.

Cuando en la oración, estamos continuamente dispuestos a aceptar al Principio divino que se demuestra a sí mismo, que es del todo activo y armonioso, como nuestra gobierno, permitimos que nuestros pensamientos y acciones estén completamente imbuidos de él, esperamos que trabaje dinámicamente, y anticipamos ver cómo la armonía se realizará en toda situación.

Cuando en la oración, estamos continuamente dispuestos a aceptar a la única Vida divina infinita, eterna e inmortal, como nuestra única vida, permitimos ser renovados y restaurados por esta fuente inagotable del Ser, esperamos y anticipamos ver la abundancia de nuevas experiencias.

Cuando en la oración, estamos continuamente dispuestos a aceptar como propia la conciencia totalmente alerta de la Verdad divina, permitimos que entre la luz infinita que ya no puede ser oscurecida por la mentalidad humana de la magia y el mito, esperamos que esta Verdad en nosotros efectúe un avance importante hacia un nivel de conciencia nuevo y más elevado, y anticipamos ver la revelación de una transparencia sin error o defecto.

Cuando en la oración, estamos continuamente dispuestos a aceptar al Amor divino como el único Amor, confiamos completamente en el plan de salvación del Amor, le damos la bienvenida aunque pueda frustrar nuestro propio plan humano, y anticipamos ver cómo el Amor divino integra todas las ideas de una manera impredecible, dentro de su plan completo que lo abarca todo.

c) La oración de la comprensión espiritual satisface toda necesidad humana. La oración acepta las ideas de la Mente divina que todo lo sabe y permite que esta Mente produzca todo lo que sea adecuado en una situación particular. “Dios os da Sus ideas espirituales, y ellas a su vez, os dan vuestra provisión diaria” (Mis. 307:1). Así, una oración divinamente científica parte de un punto de vista completamente diferente al de la oración humana. No comienza con el reconocimiento de una necesidad humana ni con el deseo que esta necesidad se satisfaga; su punto de partida es Dios y su idea. Lo que primero y ante todo necesitamos, son las ideas de Dios y una conciencia receptiva que pueda apoderarse de ellas en forma ilimitada, de tal manera que siempre tengamos lo que necesitamos. El poder de una idea produce las oportunidades, posibilidades y cambios adecuados a toda experiencia humana, aunque pueden manifestarse de una manera diferente a la que esperamos. Esta oración “que reforma al pecador y sana al enfermo” no es la oración de la creencia ciega en la magia y el mito, la cual por medio de la mente mortal, tiene un efecto sobre el cuerpo; sino que es la oración de comprensión espiritual, el poder y la inteligencia, sanadores y salvadores de la Mente divina.

¿Cuáles son las necesidades a satisfacer? Considerémoslas en el orden de los siete sinónimos para Dios:

- para la Mente, que nos conduzca, guíe, inspire, instruya y nos confiera su poder e inteligencia creativas por nuestra unicidad con la Mente;
- para el Espíritu, que nos purifique, fortalezca en nosotros el bien, despliegue cualidades espirituales en nosotros y efectúe nuestro renacimiento por nuestra unicidad con el Espíritu;
- para el Alma, que nos haga equilibrados, perseverantes, precisos, felices, gozosos y nos otorgue satisfacción y sentido espiritual por nuestra unicidad con el Alma.
- para el Principio, que nos haga impersonales, independientes de la gente, los dogmas, las teorías humanas, principios y autoridades por nuestra unicidad con el Principio.
- para la Vida, que nos revele nuestra verdadera individualidad, que nos eleve por sobre los conceptos mortales y nos provea con la espontaneidad de la Vida por nuestra unicidad con la Vida.
- para la Verdad, que establezca en nosotros todo lo que es verdadero, dándonos la conciencia de la filiación con Dios y la certeza de nuestra verdadera naturaleza de hombre por nuestra unicidad con la Verdad.
- para el Amor, que nos llene con un maravilloso sentido de ser amados, cuidados, protegidos, incluidos, divinamente deseados y esperados por nuestra unicidad con el Amor.

d) *Básicamente hay una sola oración.* ¿Cómo podemos orar por un problema determinado? Cada problema es diferente. Es interesante notar cuán a menudo se apartaba Jesús para orar, y por el poder de la oración dominaba los más variados problemas (médicos, económicos, sociológicos y políticos); sin embargo, él nos dejó una *sóla* oración, el Padrenuestro. Esto indica que mil diferentes problemas no requieren de mil diferentes formas o textos de oración. Para resolver un problema específico, lo primero que necesitamos no es encontrar un texto que contenga la oración adecuada; lo que hay que hacer es comprender al Principio *único* de la oración. La unicidad con este Principio es la unicidad con el Uno infinito interpretándose e individualizándose de manera infinita, y cuando nos volvemos transparentes por la comprensión espiritual y el amor desinteresado, nos hacemos conscientes de esta individualización.

Básicamente, la oración debe vencer un *sólo* mal. Jesús oró: “Y sálvanos del malvado” (Mat. 6:13; The New English Bible [La Nueva Biblia en Inglés]), porque todas las formas del mal pueden reducirse a una: no estar en consciente unicidad con Dios y su idea. La unicidad consciente con el Ser único no deja espacio para lo incompleto o para el defecto, y como toda experiencia es conciencia, sólo podemos ser conscientes de la perfección. Ésta es la oración de liberación del único mal.

Aquellos que no entienden las posibilidades de la oración, son tentados a confiar en su propio razonamiento o a consultar a otros a fin de encontrar solución a sus dificultades. En vez de hacer esto deberíamos orar, porque sólo en la oración permitimos a la inteligencia infinita de la Mente divina revelarnos las soluciones correctas. Quienquiera que desee trabajar creativamente, quienquiera que desee que su propio talento se manifieste—y todos somos potencialmente un genio, independientemente de la educación o instrucción—puede hacerlo por medio de una actitud divina de oración, con la cual se concreta la solución latente que existe en el Ser.

La oración no es un ritual, ni la lectura repetida de un texto establecido, ni está limitada a un “tiempo de oración”. La oración es una forma constante de conciencia, es una actitud interna constante. La exigencia bíblica: “Orad sin cesar” (I Tes. 5:17), no significa que oremos el mismo texto desde la mañana hasta la noche, sino que permanezcamos conscientemente en el Principio de la oración. “Si *permanecéis* en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7). Cuanto más tiempo pasamos en la conciencia divina, tanto más constantemente moramos en ella y tanto más se manifiesta toda la potencia de la oración. Entonces la conciencia divina ora dentro de nosotros sin cesar, y nos damos cuenta que:

- la Mente divina se manifiesta en todos y en todo como la Mente que es Todo;
- el Espíritu divino se desarrolla en todos y en todo como bien infinito;
- Dios, el Alma, se identifica en todos y en todo como gran alegría, felicidad y satisfacción;
- el Principio divino gobierna a todos y a todo armoniosamente;
- la Vida divina se impulsa en todos y en todo como la plenitud, novedad y espontaneidad del ser;
- la Verdad divina se expresa en todos y en todo como conciencia pura y exaltada;
- el Amor divino se realiza en todos y en todo como un plan determinado en cada detalle.

Aquello que buscamos ya está en nosotros. La Vida, la Verdad y el Amor divinos se reflejan nítidamente como nuestro ser individual al que no necesita agregársele nada. El estar conscientes de este hecho es oración respondida.

La Oración del Señor— (el Padre Nuestro) Su Interpretación Científica

Introducción

Mucha gente ora. En desesperación se vuelven por consuelo hacia un poder divino apartado de todo lo humano. En toda cultura religiosa superior, la oración es el medio para entrar en contacto con este poder divino, con el infinito. En la tradición cristiana, la gente puede volverse a su creador, suplicando o en penitencia, implorando protección, dando gracias u ofreciendo alabanzas. En todos los casos se busca la unidad con una realidad superior, hacia la cual se abren conscientemente a través de la oración.

La base para la oración cristiana se encuentra en el Nuevo Testamento. Se considera que la Oración del Señor, la oración que Jesús nos dio, es el ejemplo genuino de la verdadera oración. La Ciencia Cristiana admite también la oración de Jesús, como ‘La Oración del Señor’; le atribuye gran importancia y enseña su Ciencia.

La promesa. Jesús dio a los discípulos esta oración luego de probarles una y otra vez la total eficacia de orar al Padre. Mary Baker Eddy pudo decir también de sí misma: “Hablo por experiencia” (1:5). Sus experiencias le habían enseñado lo que la verdadera oración logra. Así en su Libro de Texto³ ella habla de la oración “que reforma al pecador y sana al enfermo” (1:1); de la oración que “nos guiará a toda la Verdad” (11:32); de la “oración sanadora” (12:2); de la oración más elevada que es demostración (véase 16:2); de la oración que sana la enfermedad y destruye el pecado y la muerte (véase 16:4); o de la Oración del Señor “que abarca todas las necesidades humanas” (16:11).

El requisito previo para el cumplimiento de la promesa. Sin embargo el poder contundente de la oración representado en la Biblia y en el Libro de Texto, pareciera no siempre probarse en la experiencia humana. ¡Cuán a menudo nuestras esperanzas de ayuda son desilusionadoras! ¡Y cuántos de nosotros hemos visto hecha añicos nuestra fe ciega, como la de un niño, en un Dios salvador eternamente presente, dando lugar a un mayor escepticismo! Sufrimos la misma experiencia que llevó al apóstol Pablo a investigar más de cerca la razón por la que nuestras oraciones no son respondidas tan a menudo. Él llegó a la conclusión: “...qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos” (Rom. 8:26).

Para los discípulos de Jesús fue claro que la oración debe ser mucho más que una expresión ferviente de nuestros deseos y sentimientos. Vinieron a Jesús y le preguntaron, “Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos” (Luc. 11:1). Jesús respondió esta petición de discernimiento enseñándoles la Oración del Señor. Reforzó su fe en esta oración con las palabras: “Todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá” (Marc. 11:24). Mas esta promesa estaba enlazada con un importante requisito previo; ellos tenían que orar *correctamente*. Jesús veía a través del pensamiento humano; se daba cuenta de las dudas de los discípulos acerca de la eficacia de la oración y por ello explicó por qué razón sus oraciones a menudo quedaban sin respuesta. Les dijo directamente: “Hasta ahora nada habéis pedido en mi

³ *Ciencia y Salud con Clave de las Escrituras*, por Mary Baker Eddy.

nombre” (Juan 16:24). En aquel entonces, el nombre era utilizado para designar la identidad de una persona. De esta manera Jesús daba por sentado que la oración sólo es respondida cuando es pedida en su nombre—es decir, cuando es idéntica a la mente-Cristo. “Todo cuanto pidiereis al Padre *en mi nombre*, os lo dará” (Juan 16:23) [itálicas del autor].

Detrás de esta sencilla indicación yace una ley científica que Jesús quería enseñar a sus discípulos, y que debiera también ser nuestro punto de arranque; sólo lo semejante comprende lo semejante. Sólo una oración divinamente modelada halla el acceso a Dios. La oración sólo es correcta, sólo puede ser satisfecha tangiblemente para nosotros, cuando es la mente-Cristo quien ora en nosotros. Por ello el primer requisito es establecer dentro de nosotros esa actitud de devoción que está en total acuerdo con lo divino.

La oración científica. El primer capítulo en el Libro de Texto, “La oración”, contiene la base para la oración espiritualmente científica.⁴ En siete temas principales muestra cómo podemos adquirir esa actitud interior de devoción, la cual constituye un prerrequisito esencial para el cumplimiento de la oración. La Oración del Señor, con su interpretación científica para cada petición individual, forma el punto culminante del capítulo. Cada una de estas peticiones proviene de esa actitud espiritual de devoción que sintonizada con la mente-Cristo, se aproxima al infinito con las preguntas y las peticiones adecuadas. Orar correctamente significa hacer peticiones científicamente correctas; siempre recibiremos una respuesta científicamente correcta para tales peticiones. El cumplimiento o respuesta se da en la interpretación espiritualmente científica de la Oración del Señor.

Por consiguiente, la oración científica siempre implica:

- a) una actitud correcta de devoción (tal como se da en el capítulo “La oración” del Libro de Texto),
- b) las preguntas o requerimientos correctos generados por esta actitud, y las consecuentes respuestas redentoras (dadas en el Libro de Texto con la interpretación científica de las peticiones en la Oración del Señor).

Para obtener una comprensión más clara de lo que orar significa científicamente—saber “qué hemos de pedir como conviene”, consideremos con mayor profundidad los siguientes tres puntos:

- 1) la actitud de devoción correcta,
- 2) el diseño espiritual de la Oración del Señor, y
- 3) un ejemplo de oración científica.

1. La Actitud de Devoción Correcta

Los dos puntos de vista en la oración. En toda oración hay dos puntos de vista: (1) la suposición de que hay una realidad divina, la cual excluye toda clase de discordia; y que por lo tanto hay un ser perfecto (el punto de vista absoluto, divino), y (2) el hecho de que contamos con una forma para aproximarnos a esta perfección, un puente que nos lleva al ser perfecto, para que el hombre pueda experimentar la perfección divina (el punto de vista relativo, humano). Estos dos puntos de vista están ejemplificados en dos textos de las Escrituras al comienzo del capítulo “La oración”.⁵ A diferencia de la súplica humana, la oración científica comienza desde la

⁴ Véase de Max Kappeler, *La Estructura del Libro de Texto de la Ciencia Cristiana—Nuestro Camino de Vida*, Vol. I: *La Revelación de la Estructura*, págs. 6–9.

⁵ Para más detalles acerca de los dos textos de las Escrituras del capítulo “La oración”, véase de Max Kappeler, *The Science of the Oneness of Being in the Christian Science Textbook*, págs. 65–67 [*La Ciencia de la Unicidad del Ser*].

perfección y conduce a experimentar la perfección. De esta manera se mueve—a pesar del sufrimiento humano—sólo en el reino de la perfección, como dice Pablo acerca de Abraham: “Creyó en esperanza contra esperanza”. La oración no es una oportunidad para poner frente al ser perfecto y divino, un recuento detallado de los tormentos de la imperfección. Más bien la oración es la oportunidad de apartarnos de la imperfección en pensamiento y sentimiento, y seguir el camino de la perfección.⁶ A lo largo de este camino, es necesario adoptar fundamentalmente siete actitudes de devoción que correspondan con la naturaleza de la perfección divina, y que coincidan así con la naturaleza de los siete sinónimos para Dios (Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor) tal como aparecen en la definición para Dios (véase 465:10). Entonces oramos “en el nombre [de Dios]”.

La primera actitud de devoción: Mente. Al considerar las siete actitudes verdaderas, que difieren tan radicalmente de la actitud generalmente encontrada en las peticiones personales, nos referimos a los siete modelos del tema en el capítulo “La oración” del Libro de Texto.⁷ Ahí, en los siete temas principales, Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor, el texto muestra la actitud interna que debe ser establecida en la oración para estar en armonía con la perfección divina. El primer tema principal, Mente, caracteriza la oración como el deseo verdadero de conocer a Dios como Dios es. No siempre parece sencillo adoptar esta actitud espiritual, porque nuestro sentimiento humano, todo nuestro pensamiento e intención al orar, está comúnmente dirigido hacia permitir que Dios conozca la imperfección que nos acosa. Pudiéramos preguntarnos si la oración nos es de alguna utilidad. “Sí”, responde el Libro de Texto, “el deseo que se eleva, hambriento de justicia, es bendecido por nuestro Padre, y no vuelve a nosotros vacío” (2:5). De ahí que la oración halle cumplimiento; pero al orar debemos luchar “por justicia”, por aquello que es correcto y verdadero—por la perfección del ser divino. Debemos estar dispuestos a renunciar a todo lo inarmónico e imperfecto. En la oración científica ya no se trata de querer informar a una autoridad divina que sufrimos y la razón por la que sufrimos. Más bien es necesario postrarnos ante esta autoridad divina y aprender que en el ser divino no hay discordia—y aprender el por qué.

La segunda actitud de devoción: Espíritu. La segunda actitud, que podemos establecer cada vez más vívidamente en nosotros, es la oración por el reflejo de la naturaleza divina a través de cultivar las cualidades espirituales. ¿Qué quiere decir esto? Significa que cuando oramos, no nos concentramos en las peticiones humanas—por más legítimas que puedan ser en casos individuales—para provocar la mejoría en lo humano. Pero orar correctamente tiene que ver con Dios, no con la persona. Es una forma de adoración; cultiva las cualidades de la perfección, no los sentimientos ni los pensamientos de imperfección. Cuanto más se centra en Dios nuestro íntimo deseo, cuanto más se alinea con Dios, cuanto más se concentra en Dios, en ese momento la naturaleza de Dios es reflejada en nosotros—y la naturaleza esencial de Dios es la perfección. Por medio de la oración científica comenzamos a sentir que un mundo nuevo, un mundo espiritual, está naciendo en nosotros.

La tercera actitud de devoción: Alma. La oración del Alma es la oración de impecabilidad que rechaza el pecado. Aquí sería bueno recordar que ésta es una necesidad de oración científica. La impecabilidad no quiere decir conformidad con una norma humanamente

en el Libro de Texto de la Ciencia Cristiana, disponible sólo en inglés].

⁶ Como se viera en el capítulo anterior, *El Principio Espiritual de la Oración*.

⁷ Véase de Max Kappeler, *Epitomes for the Spiritually Structured Interpretation of the Christian Science Textbook* [Arquetipos para la Interpretación Espiritualmente Estructurada del Libro de Texto de la Ciencia Cristiana, disponible sólo en inglés].

ética. Más bien es la habilidad espiritual de no desviarse de la naturaleza divina. Así, la actitud requerida para el rechazo del pecado no se relaciona primeramente con algún comportamiento humanamente moral, sino con el sentido espiritual en nosotros. Toda la imperfección y el sufrimiento que queremos traer ante Dios en súplica humana, es pecado, porque admite la imperfección y la acepta como el punto de partida para la oración. Pero la imperfección no está acorde con la realidad. La oración del Alma, por otro lado, exige que rechacemos toda imperfección en lugar de morar en ella—por más fuerte que parezca ser la evidencia material—y que dejemos que sea corregida por el sentido del Alma, el falso testimonio de los sentidos, el pecado.

La cuarta actitud de devoción: Principio. Sólo sobre la base de las primeras tres actitudes es posible la oración vital de obediencia y honestidad escrupulosa. Exige que llevemos todo nuestro interior en armonía con Dios. Es esta conciencia interior donde—por medio de los tres temas de Mente, Espíritu y Alma—nos hemos separados hasta aquí de todos los deseos y ambiciones humanos, por lo que ya no deseamos demostrar lo que *nos* parece necesario e importante, sino sólo demostrar aquello que el Principio divino desea. Implica una actitud en la cual constantemente nos entrenamos en la obediencia de principios. La obediencia al Principio es lo opuesto a la obediencia motivada humanamente, la cual se inclina ciegamente hacia un poder desconocido y por tanto está a merced de los intereses personales. La obediencia requerida en la cuarta oración científica está alineada al Principio divino; escucha lo que el Principio divino desea llevar a cabo, y esto es la demostración de la totalidad de la perfección divina. La honestidad que se nos requiere rebasa en mucho el guardar el mandamiento de jamás mentir. Aquí, en la oración del Principio, nos preguntamos constantemente si en verdad, fundamentalmente deseamos y queremos obedecer lo que el Principio dicta, o si por el contrario más o menos consciente, constante y repetidamente nos oponemos a la voluntad de Dios, porque primero deseamos ver satisfechos nuestros deseos personales. Este honesto autoexamen se basa en la comprensión de que sólo el cumplimiento de la voluntad de Dios puede ser de bendición y que por consiguiente debemos colocarnos incondicionalmente bajo esta voluntad divina si es que deseamos ver satisfechas nuestras oraciones.

La quinta actitud de devoción: Vida. Las actitudes de Mente, Espíritu, Alma y Principio nos llevan a la quinta oración, la de comprensión, la de viva devoción hacia lo divino, que a cambio está dispuesta a sacrificar lo mortal. Debido a eso toda nuestra devoción debe estar dirigida hacia lo divino, hacia la Vida. Todo aquello dentro de nosotros que no esté de acuerdo con lo divino, sólo puede ser una tarea exánime, fruto del concepto mortal, el cual debemos deponer. ¿Qué quiere decir el concepto mortal? Es todo lo que quiere restringir y confinar lo infinito de la Vida, todo lo que trata de limitar el todo infinito a unos cuantos detalles. Es la tendencia en nosotros a estar interesados solamente en las circunstancias, situaciones y personas particulares dentro de nuestro círculo íntimo. Es todo aquello en nosotros orientado hacia algo más que Dios. Este concepto mortal a menudo parece muy positivo, y por ello no siempre es fácil mirar a través de su falsedad. Por ejemplo, con toda nuestra devoción, deseamos hallar lo que pueda ser espiritualmente útil para nosotros, lo que sea bueno para la familia, lo que sea lo mejor para una situación particular, etc., por ello, a pesar de toda nuestra inmolación humana, terminamos con una devoción exánime. ¿Por qué? No debido a que la devoción, como tal, esté mal, sino porque falla en su propósito. Tiene sólo un propósito limitado; no sirve al ilimitado ser divino, la Vida, sino tan sólo al concepto material y mortal de la existencia que siempre piensa sólo en los detalles y está ocupado siempre sólo con los detalles.

Esto muestra plenamente la diferencia entre la oración religiosa y la oración científica

que se basa en la comprensión. La oración religiosa siempre está dictada por la personalidad de aquél que está orando, y por lo tanto, sólo puede ser estrecha y limitada. Como tal, contradice la naturaleza divina la cual es Vida ilimitada, inconfinada, infinita. La oración de comprensión, por otro lado, apela a quitar de la oración las carencias e imperfecciones de los sentimientos y pensamientos humanos, y a permitir al propio Dios—Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor—que ore en nosotros. Establece en nosotros nada menos que el todo en su naturaleza verdadera y perfecta. La actitud de Vida requiere que nos demos cuenta que podemos servir a Dios sólo con una devoción viva, cuando con todas nuestras peticiones sólo queramos *implicar* verdaderamente Dios y no tengamos nuestras mentes llenas con nuestra propia existencia humana y limitada—cuando perdemos el concepto mortal de todo lo que es verdaderamente esencial.

La sexta actitud de devoción: Verdad. La oración de Verdad es la oración de la conciencia espiritual que está cerrada para el error y abierta para la Verdad. Ya el Alma demanda que rechacemos el error y permitamos que sólo el sentido del Alma hable cuando oramos. La Verdad da un paso significativo adelante. Aquí el error debiera no sólo ser rechazado, sino totalmente excluido de la conciencia. “Cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (14:31). “Tu aposento” (un símbolo de la conciencia), debe estar cerrado para el error; luego el Padre está en “el aposento” (la conciencia). Esto significa que toda la naturaleza divina del ser debe estar establecida en nuestra conciencia. Esta es la oración que siempre es satisfecha—el Padre te recompensará en público.

La actitud que la Verdad exige nos muestra con especial claridad, las formas incorrectas y correctas de orar. No oramos a Dios, el Ser divino, para que cambie su conciencia de su propia perfección y se dé cuenta de alguna limitación que pensamos que Dios debiera quitar. Por el contrario. Oramos porque a través de las actitudes correctas, aprendemos cómo estar alineados con Dios. En nuestra práctica muy a menudo tenemos la experiencia negativa de hallar nuestras oraciones sin respuesta; porque con demasiada facilidad, cuando estamos en problemas, caemos de nuevo dentro del viejo ritual de oración y probablemente pensamos: “Estoy enfermo, estoy en dificultades, pero con Dios todas las cosas son posibles; Él me va a ayudar solucionando mis problemas”. Y también muy a menudo no encontramos solución. ¿Falló Dios? ¿Despertaron la Biblia y el Libro de Texto falsas ilusiones? ¡No! Nosotros no oramos “como debíamos”. No elegimos la manera correcta, el camino que siempre conduce a través de las actitudes de devoción dictadas por la Mente, el Espíritu, el Alma, el Principio, la Vida, la Verdad, el Amor. Así pues, en la Verdad, podemos ir dentro de nuestro “aposento” y examinar nuestra conciencia: ¿Deseo conocer lo que verdaderamente es, o quiero que Dios por mi medio, sea informado de la irrealdad (mis problemas) (Mente)? ¿Deseo cultivar la verdad y lo divino en mí y reflejar los atributos divinos, o quiero probar que mis problemas también son parte de la realidad y deben ser resueltos (Espíritu)? ¿Deseo excluir de mi oración todo aquello que no esté de acuerdo con la perfección divina (a saber, el pecado) y morar en el sentido del Alma, o quiero incluir el testimonio del sentido material en mi oración y asirme a él (Alma)? ¿Deseo someterme incondicional y obedientemente a la voluntad divina que conoce sólo su propia perfección, o quiero imponer mi propia voluntad humana porque pareciera ser mi derecho y moralmente justificable (Principio)? ¿Deseo estar activo en el servicio de devoción de la Vida divina, o quiero emplear todas mis energías para solucionar *mis* problemas (Vida)? ¿Estoy listo para permitir que la conciencia de Verdad se establezca en mí, o pondré a Dios, la Verdad, al servicio de mis propios asuntos (Verdad)? Cuando oramos correctamente, dice el Libro de Texto, “tal

oración es respondida, en la proporción en que llevemos nuestros deseos a la práctica” (15:22).

Esto es un hecho fundamental sobre el cual el Libro de Texto enfatiza una y otra vez. La solución a un problema no llega por medio de cambiar primero algo externamente; llega debido a que—por medio de la oración—cambia la conciencia, y así controla los llamados problemas. Podrá verse como un cambio positivo en el problema, pero esa no es la verdadera demostración. La demostración yace en el hecho de que la conciencia de la realidad divina es asimilada, lo cual trae entonces inevitablemente una solución al problema—que de hecho es la oración respondida.

La séptima actitud de devoción: Amor. En la oración de Amor, “la aspiración celestial” (16:25) es satisfecha en nosotros. Es la oración de la glorificación de la perfección del ser, la cual rechaza la maldad y todo mal. Así, la oración superior siempre parte de su cumplimiento. Descansando en las seis actitudes previas hacia la oración, contempla la perfección divina en asombro agradecido. A pesar de todas las circunstancias materiales y de las sensaciones humanas, da la bienvenida interiormente a la perfección del ser y no niega su realidad simplemente porque sea invisible para el sentido material.

Orden espiritual. De este modo vemos que la oración científica sigue un orden estrictamente espiritual. No impone inmediatamente demandas que el corazón humano no pueda cumplir. No pide lo imposible, sino sólo una voluntad de dar un paso a la vez, para de esta forma crecer naturalmente hacia la oración correcta, hacia la oración que parte de la perfección para experimentar la perfección. Comienza con un anhelo por conocer a Dios (Mente); luego este conocimiento es nutrido y cultivado, para que las cualidades divinas, y no los argumentos y justificaciones del error (Espíritu) sean reflejados en nosotros; esto quiere decir que en la oración rechazamos todo lo desemejante a lo divino y permitimos que sólo hable el sentido del Alma (Alma); esto requiere de honestidad espiritual, que nos hace dispuestos a obedecer sólo lo divino (Principio); de ese modo nuestra devoción viva, que siempre está dirigida hacia Dios, la Vida, es constantemente incrementada—no asfixiada por la devoción humana, las ambiciones materiales (Vida); tal oración establece una conciencia espiritual que excluye todo lo erróneo (Verdad); entonces resulta bastante natural para nuestra oración, ser una glorificación agradecida por la perfección divina la cual también nos capacita para experimentar la perfección (Amor).

2. El Diseño Espiritual de la Oración del Señor

Los siete sinónimos para Dios en la Oración del Señor

Como hemos visto, de una actitud de devoción modelada por lo divino fluyen esas peticiones justas, esas preguntas científicamente correctas para las cuales siempre hay respuestas correctas. Lo que estas preguntas debieran ser, puede verse en las peticiones de Jesús en el Padre Nuestro. Las respuestas disponibles para tal oración están indicadas en la interpretación científica de Mary Baker Eddy a dichas peticiones (16:30–17:16). El Padre Nuestro, tal como las siete correctas actitudes de devoción, sigue los temas de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor.⁸

⁸ Para el diseño del Padre Nuestro, véase también de Max Kappeler, *References in the booklets Compendium for the Study of Christian Science, #1–10*. See No. 3: The Commandments, The Beatitudes, The Lord’s Prayer (Seattle: Kappeler Institute Publishing USA, 1995), available only in english. [Resumen de las *Referencias en Folletos Compendio para el Estudio de la Ciencia Cristiana, #1–10*, No. 3: Los Mandamientos, Las Bienaventuranzas, El Padre Nuestro (Seattle: Editorial del Instituto Kappeler USA, 1951), disponible sólo en inglés].

Mente:

Padre Nuestro que estás en los cielos.

Nuestro Padre-Madre Dios, del todo armonioso.

Resulta sorprendente que en esta primera petición la oración fluya de la actitud interna dictada por la Mente, el Espíritu, el Alma, el Principio, la Vida, la Verdad y el Amor, tal como están establecidos en nosotros por medio del capítulo “La oración”. Esta actitud nos pone en armonía con la perfección divina desde el comienzo. El anhelo de conocer en su naturaleza perfecta a Dios, el Ser divino, nos alinea con la Mente divina y nos muestra que podemos volvernos hacia el Padre a quien reconocemos como *nuestro* Padre. Se establece la unión. Nos damos cuenta que en Dios tenemos un Padre y que por lo tanto, no tenemos que volvernos hacia un Dios lejano, hacia una autoridad sublime existiendo en algún lugar bastante apartado de nosotros. Más bien hemos encontrado el punto de contacto con la perfección divina. Como respuesta de volvernos hacia la Mente experimentamos un profundo sentido de seguridad en la divina Mente paterna, que es nuestro Padre-Madre. En esta paternidad, prevemos el cumplimiento desde el principio; sabemos que estamos morando en el reino de la armonía total.

Espíritu:

Santificado sea Tu nombre.

Único adorable.

La segunda petición presupone que hemos adoptado la actitud interior modelada por el Espíritu y que tenemos la voluntad de cultivar y nutrir las cualidades divinas en nosotros para que lo divino sea reflejado más y más en nuestros corazones. Sólo vale la pena considerar lo divino. Así todos nuestros intereses, energías, tiempo, actividades y devoción, son dirigidos hacia lo divinamente verdadero—adoramos el nombre de Dios. Esto también nos da una clara respuesta para todo lo demás que queramos introducir al orar. ¡Dejémonos de esperanzas, anhelos, temores y razonamientos humanos! ¡Dejémonos de la llamada cruda realidad! ¡No luchemos más contra todas las circunstancias materiales—con la gente, los problemas, las situaciones, la familia, los negocios, el cuerpo, la política, etc.—sino adoremos o reverenciamos sólo lo espiritual dentro de nosotros! En este momento, cualquier cosa que le ocurra a nuestra llamada existencia material y cualquiera que sea nuestro problema, deja de ser prioritario dentro del orden divino de la oración científica. Podemos poner con seguridad todo tras nosotros. Aun los argumentos relacionados con nuestros problemas más inmediatos ya no son dignos de nuestro pensamiento detallado. Nos concentramos en la realidad divina, en el Espíritu. Sólo esto nos acerca a la oración correcta. Esto nos conduce a la respuesta, porque entonces estamos en concordancia con el Espíritu que despliega siempre la verdadera solución para todo.

Alma:

Venga Tu reino.

Tu reino ha venido; Tú estás siempre presente.

La verdadera oración desarrolla gradualmente dentro de nosotros en forma bastante natural, esta tercera actitud de devoción con la cual rechazamos constantemente el pecado—todo aquello que no está en concordancia con lo divino. Entonces le damos la bienvenida al reino de Dios, a los hechos divinos. Esto nos prepara para el cambio que el Alma nos provoca. Por

ejemplo, el Alma cambia nuestro falso y limitado concepto que sólo puede concebir a Dios como un centro divino dentro de una circunferencia desemejante a Dios. Por medio del Alma despertamos al hecho de que Dios es ambos, el centro y la circunferencia del ser. El Alma trae todo en conformidad con el todo armonioso, por lo que centro y circunferencia son de idéntica naturaleza. El Alma dice: ¡Despierta! Lo divino no es una isla perfecta en un mar de imperfección, un punto de salvación al cual podemos volvernos dentro de un mundo irredento. El adorable Uno es más que eso; Dios es todo, Dios es un reino de consistencia y Se revela como un reino de ideas. Tú vives en Dios, porque Dios no sólo es el centro, sino también la circunferencia de tu ser. Entonces obtenemos respuesta; entonces nos damos cuenta que Dios está siempre presente. Ya no vivimos más en un clima de ansiedad e inseguridad, en una atmósfera de tensión y discordia. Más bien vivimos en un clima espiritual, en una atmósfera en la cual predominan las ideas y no las creencias.

Principio:

Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

Capacítanos para saber que—como en el cielo, así también en la tierra—Dios es omnipotente, supremo.

La cuarta actitud demanda que tengamos la honestidad espiritual para examinarnos en cuanto a si nos esforzamos verdaderamente para que la voluntad divina se cumpla, o si cuando la ocasión lo requiere, no somos capaces de expresar esta obediencia incondicional. Esta honestidad y la obediencia que demanda no son requisitos religiosos o morales; surgen como consecuencia lógica de las tres actitudes previas. Porque esta petición: “Hágase Tu voluntad”, está dirigida a Dios como Principio, el cual opera dondequiera en forma impersonal. Aun en la esfera humana renunciamos resueltamente a todas nuestras teorías y opiniones propias acerca de algún asunto, cuando tenemos un principio para solucionarlo; y trabajamos por la solución impersonal que se halla dentro del ámbito de este principio. Ningún matemático le requiere al principio de la aritmética que apruebe sus nociones personales sobre la respuesta a un problema. Simplemente nos sometemos al principio de la aritmética. De igual manera, una solución relacionada con nuestra vida humana siempre está correcta cuando procede del Principio del ser—y es una solución mucho mejor, mucho más comprensiva, mucho más efectiva, que la solución concebida humanamente. Dios, el Principio lo declara, es omnipotente y supremo en los cielos (en su propio reino divino absoluto) y sobre la tierra (donde vemos error, donde tenemos que buscar soluciones, que en el ser están siempre listas y disponibles).

Así vemos cómo es que paso a paso nos liberamos en la oración de nuestro mundo de discordia. En armonía con la Mente nos volvemos en la necesidad, al Padre-Madre Dios que es todo armonioso; en armonía con el Espíritu, seguimos sólo esta armonía total y se nos alienta a aceptar la armonía total como la única realidad. En armonía con el Alma, ya no nos vemos más en un mundo problemático del cual nos volvemos hacia un centro divino exterior, sino somos capaces de percibir la realidad divina, y así adoramos sólo el reino de Dios en el cual estamos incrustados y por el cual estamos rodeados. En este reino, todo lo que está siempre aconteciendo es la voluntad del Principio divino para mantener la armonía dondequiera y eternamente. La obediencia que se nos pide nos libera ultimadamente de la dualidad. Ya no oramos más debido a que estamos conscientes de algo imperfecto que necesita ser corregido (satisfaciendo con ello un deseo humano); más bien en armonía con el Principio, tenemos sólo el deseo de llegar a conocer el Principio divino en su operación impersonal. Y opera dondequiera; como en el cielo, así

también en la tierra.

Vida:

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy;

Danos gracia para hoy; alimenta los afectos hambrientos.

Cuando consideramos la actitud interior desde la cual fluye esta oración, sabemos que no es una petición por alimento material. Una devoción viva por el reino completo de la realidad y el Principio divino que opera dentro de él, anhela una forma superior de sustento. Algunas traducciones de las Escrituras aclaran el significado. Una versión dice: “Danos hoy el pan de Vida” (E. V. Rieu); otra de un manuscrito latín es particularmente hermosa: “Danos hoy por pan, el Verbo de Dios del cielo”. Nuestra devoción viva por lo divino, requiere sólo del alimento, nada más. Aquí nuestra oración no es una petición por aquello que incrementaría la devoción muerta, sino por lo que en obediencia al Principio es por lo único que importa orar: por una comprensión creciente del Verbo de Dios—una comprensión interior de lo que constituye Dios como Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor. Esto es el amor “hambriento” que siempre es alimentado por la Vida. Lo semejante responde a lo semejante. Los afectos hambrientos pueden ser sustentados por la Vida que es la superabundancia de todo ser. Ya no estamos más ocupados con el sentido material; eso jamás tiene hambre de lo espiritual. En la oración de Vida, nuestro sentido espiritual, nuestra devoción viva, es alimentada. Esto es el sustento perfecto, completo.

Verdad:

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Y el Amor se refleja en amor;

La sexta actitud establece dentro de nosotros la conciencia espiritual que está cerrada para el error, por lo que sólo oramos en el “aposento” donde el Padre mora, la realidad divina de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor. Fuera de esta actitud surge un concepto completamente nuevo de hombre. A diferencia de la vieja teología de la concepción humana del hombre, aquí el hombre es totalmente absuelto de todas las “deudas”, liberado de las carencias, de todo lo desemejante a Dios. El hombre no es un mortal, sino la conciencia de lo espiritual, el reflejo o la imagen y semejanza de Dios (como se establece en “Génesis” en el sexto día de la creación).

En esta oración, la necesidad de perdón de los pecados humanos no es lo que importa. En la conciencia espiritual hacia la cual nos han traído las cinco peticiones previas del Padre Nuestro, ni siquiera surge tal asunto humanamente limitado y por tanto erróneo. En su lugar, nos volvemos conscientes de que el hombre es fundamental y eternamente, sin falta, limitación o culpa. Ya no se encuentra todo cuanto es desemejante a Dios. La culpa es perdonada, inexistente. También nosotros perdonamos a nuestros deudores cuando admitimos dentro de nosotros una conciencia de hombre completamente nueva, que no conoce a los mortales, y comprendemos al hombre significando sólo aquello que es a la semejanza del creador del hombre, Dios. Resulta interesante observar que hasta la 57ª edición del Libro de Texto (1891), la interpretación científica de esta petición era bastante distinta, es decir: “Y la Verdad destruirá las pretensiones del error”. Esta declaración estaría muy de acuerdo con el sentido y la experiencia humanos. Después de todo, con frecuencia somos confrontados con el error y rápidamente adoptamos la

actitud de pelea del ángel Miguel en Revelación, llevando a cabo una “guerra santa” contra el dragón, el error. La actitud espiritual en el capítulo de “La oración”, sin embargo, procede de un punto de vista mucho más alto, donde ya no hay más error alguno contra el cual pelear. Es el estado del Amor que conoce sólo al amor. Es la actitud representada por Gabriel en “El Apocalipsis”, quien tiene una “tarea más apacible, la de impartir un sentido de la omnipresencia del amor ministrante” (567:1). Aquí, en la conciencia de Verdad, la solución se anticipa y nos hacemos conscientes de que ya no hay más lucha para ser peleada.

Amor:

Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.

Y Dios no nos mete en tentación, sino que nos libra del pecado, la enfermedad y la muerte.

Desde el punto de vista obtenido en la sexta petición, es naturalmente imposible en la séptima, que pueda haber una suposición de que Dios pudiera meternos en tentación (en error), porque la interpretación de esta petición también refuta esta suposición y estipula claramente que Dios jamás nos mete en tentación, sino sólo nos libra siempre. Da la impresión de que esto no es tanto una explicación de la petición, sino una corrección de una posible mala interpretación. Pero aquí la declaración del Libro de Texto está de acuerdo con nuevas interpretaciones del Padre Nuestro (Ferrar Fenton), donde este versículo dice: “Tú no nos meterías en tentación, sino nos libras de su mal”.

Por medio de una actitud de constante glorificación de la perfección divina, salimos hacia el mundo revestidos con la armadura del Amor, ya no viendo más la imperfección, sino viendo por el contrario un universo redimido, liberado del pecado, la enfermedad y la muerte. Entonces nuestra conciencia es formada de acuerdo al Amor, y “el Amor jamás pierde de vista a la hermosura” (248:3). Porque en el Amor es imposible sentir, pensar o actuar erróneamente. Un corazón pleno con la oración del Amor no obra a través de algunos pensamientos o palabras humanas particulares, sino sólo por medio de la totalidad del contentamiento divino de su conciencia divinamente modelada.

Este es el punto de vista más alto en el Padre Nuestro, hacia el cual todas las peticiones previas apuntaron. En vista de las tareas que confrontan al mundo actual, nuestra oración debe partir de este punto de vista del Amor, porque sólo es desde el Amor desde donde el mundo puede ser visto como un universo amado por Dios, perfecto y libre de todo error. Mientras queramos redimir un universo que está aparentemente enfermo y condenado a la extinción, estaremos en el carril equivocado. Las peticiones de la Oración del Señor nos muestran el camino correcto. Paso a paso somos apartados de nuestros falsos propósitos, hacia una meta divinamente deseada y consecuentemente demostrable, es decir, en la oración el problema no es el de considerar una condición imperfecta para hacerla perfecta. Así no es satisfecha la oración, puesto que ésta sería la oración de la ignorancia. La cuestión más bien está en despertar de la pretensión de cualquier imperfección posible, y aceptar la perfección, en armonía con la naturaleza divina del ser—en armonía con Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor. El Padre Nuestro nos conduce hasta este punto; primero, en medio de todas nuestras creencias buscamos un punto de contacto con lo divino, nos volvemos hacia la Mente paterna del todo armoniosa. Este primera concurrencia es luego fortalecida y desarrollada al punto donde lo divinamente cierto se vuelve súper importante en nuestra conciencia, y con ello se disuelve el error—tanto el error concreto como la creencia falsa—con la realidad.

La Doxología:

Porque Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos.

Porque Dios es infinito, todo poder, toda Vida, Verdad, Amor, está por encima de todo, y es Todo.

Esta llamada octava petición de la Oración del Señor, no se atribuye al propio Jesús, sino que se piensa que fue añadida posteriormente. El reconocimiento de la perfección desplegado gradualmente, alcanza su compleción con la séptima petición de la Oración del Señor. La doxología no es un paso más, sino la conclusión suprema que indica el método divino de operación sobre el que descansa el proceso de despliegue del Padre Nuestro. Nos hacemos consientes que no sólo los siete sinónimos para Dios están en operación plena en la Oración del Señor, sino también los cuatro modos divinos de operación: el Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia. Así que antes de llegar al significado espiritual de la doxología (pág. 24–25), veamos brevemente la Oración del Señor a la luz de los cuatro modos divinos de operación.

Los cuatro modos divinos de operación en la Oración del Señor

Hemos visto que las peticiones en el Padre Nuestro siguen los temas de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor.⁹ Surge ahora la pregunta sobre el poder desde el cual brota este impulso fuertemente discernible, llevando de un paso al siguiente, avanzando desde Mente hacia Espíritu, desde Espíritu hacia Alma, etc. Porque no quiere decir que *nosotros* tengamos que tomar la decisión de comenzar con la actitud de devoción de Mente, que luego *nosotros* hagamos un claro corte y estudiemos la segunda actitud de devoción, y entonces en algún momento sintamos que *nosotros* debemos seguir con la tercera, la cuarta y las subsiguientes actitudes. Por *nosotros* mismos no podemos querer ni hacer esto, porque el querer y el hacer están en Dios y no en el hombre. Por eso de nuevo aquí en la Oración del Señor, podemos ver con claridad lo divino en operación. Podemos ver no sólo lo que constituye la naturaleza y esencia del ser divino (los siete sinónimos para Dios), sino también con cuál poder dinámico es impulsado este ser (los cuádruplos modos divinos de operación: el Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia)¹⁰. Hablando científicamente, en la Oración del Señor la categoría de los siete sinónimos para Dios está entretrejida con la categoría de los cuatro modos de operación. El desarrollo ordenado (Verbo) hallado en la oración, contiene dentro de sí mismo los modos divinos de operación (el Verbo como Verbo, el Verbo como Cristo, el Verbo como Cristianismo y el Verbo como Ciencia). ¿Cómo aparece esto en la Oración del Señor?

El Verbo como Verbo:

1. Padre Nuestro que estás en los cielos.
Nuestro Padre-Madre Dios, del todo armonioso.
2. Santificado sea Tu nombre.
Único adorable.

⁹ Para el significado del orden del Verbo, véase de Max Kappeler: *The Seven Synonyms for God* (Seattle: Kappeler Institute Publishing USA, 1984), p. 140. [*Los Siete Sinónimos para Dios* (Seattle, Editorial del Instituto Kappeler, USA, 1984) disponible sólo en inglés].

¹⁰ Para mayores detalles sobre los cuatro modos divinos de operación, véase de Max Kappeler, *Introducción a la Ciencia de la Ciencia Cristiana* (Seattle, Editorial del Instituto Kappeler, USA, 1978).

Estas dos peticiones señalan explícitamente hacia la naturaleza de Dios. Nos muestran la perfección a la que buscamos acercarnos. Dios es el Todo, el cual es armonioso (1ª. petición), y Dios es lo Único, quien es lo único real y por tanto, adorable (2ª. petición).

El Verbo como Cristo:

3. Venga Tu reino

Tu reino ha venido; Tú estás siempre presente.

4. Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

*Capacítanos para saber que—como en el cielo, así también en la tierra—
Dios es omnipotente, supremo.*

La tercera petición es una clara expresión del Cristo. De hecho Cristo es “aquello que viene a la carne para destruir el error encarnado” (583:10). Es Emmanuel, o “Dios con nosotros”, de hecho aquello que redime, porque traslada al Dios distante y todo armonioso desde dentro de su propio reino hacia su propia creación, es decir, a las necesidades individuales. Por medio del Cristo, Dios está siempre presente con los hombres (3ª. petición). Este Cristo demanda y requiere de nosotros que permitamos que acontezca esta operación-Cristo, de manera que “no mi voluntad, sino la Tuya, sea hecha” (4ª. petición). Cuando esta demanda está satisfecha, la operación-Cristo redentora se hace evidente como omnipotente, es decir, poderosa en los cielos y sobre la tierra, poderosa en el reino de la Verdad y en el reino de la llamada creencia.

El Verbo como Cristianismo:

5. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

Danos gracia para hoy; satisface los anhelos hambrientos.

6. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Y el Amor se refleja en amor.

7. Y no nos metas en tentación, más líbranos del mal.

Y Dios no nos mete en tentación, sino que nos libra del pecado, la enfermedad y la muerte.

Estas tres peticiones tienen que ver con el hombre, y por lo tanto con el Cristianismo. Aquí la cuestión ya no es más la de la naturaleza del ser (el Verbo como Verbo), ni la del poder redentor que mora en el ser divino (el Verbo como Cristo), sino la de la gracia de Dios dada al hombre como Vida, Verdad y Amor, (el Verbo como Cristianismo). El hombre se da cuenta que la Vida siempre lo está proveyendo con “el pan”, con el Verbo de Vida, con una visión más nueva, superior e inspirada del ser; se da cuenta que no vive debido a sus propias obras, sino por la gracia dada libremente por Dios (5ª. petición). El hombre conoce que Dios lo absuelve de toda culpa, de todo error, por lo que es el reflejo completo de Dios (6ª. petición) y por lo tanto incapaz de pecar, enfermar y morir (7ª. petición).

El Verbo como Ciencia:

8. Porque Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos.

Porque Dios es infinito, todo poder, toda Vida, Verdad, Amor, está por encima de todo, y es Todo.

En la doxología, o canto de alabanza, toda la Oración del Señor también es iluminada más adelante desde el punto de vista de la Ciencia. Surge la pregunta: ¿Qué sucede en el ser, qué experimentamos por medio de la oración? La Ciencia explica: “Porque Tuyo es el reino”—esto señala hacia la naturaleza divina del ser (Verbo); “y el poder”—esto indica el poder potencial dinámico del Cristo (Cristo); “y la gloria”—esto alude a la gloria y perfección del hombre, incluso el universo (Cristianismo); “por todos los siglos”—esto muestra el estado fundamental y eterno del ser (Ciencia).

Mary Baker Eddy muestra en su interpretación y lenguaje, los mismos cuatro puntos: “Porque Dios es infinito”—aquí ella comienza por dar una idea de la grandeza de Dios (Verbo); “todo poder”—aquí ella indica que esta grandeza también incluye toda potencia (Cristo); “toda Vida, Verdad y Amor”—aquí señala el reino total de lo divino, que constituye todo, y por lo tanto, el universo completo (Cristianismo); “está por encima de todo, y es Todo”—ella se refiere aquí al único ser divino que todo lo abarca, en el cual Dios es Todo-en-todo (Ciencia).

3. Un Ejemplo de Oración Científica

De la letra al espíritu. Hemos visto que la Oración del Señor descansa sobre la base científica de dos categorías divinas del Ser; los siete sinónimos para Dios y los cuatro modos divinos de operación. El hecho es que con su simple redacción, también puede apelar a los sentimientos humanos y no pretendiendo ser académico o teórico, muestra cómo mucho de esta Ciencia, está basada en el Amor, alcanzando e incluyendo todo y a todos. Sin embargo para el pensamiento que está en busca de Dios, el descubrimiento del diseño ordenado de la oración es una ayuda invaluable. Con esto podemos crecer más allá de la simple esperanza humana, para que nuestra oración sea respondida en forma de mayor entendimiento y más eficiente oración. Esto nos lleva hacia el método espiritual de orar al cual podemos volvernos en tiempos de necesidad.

Sin embargo, la búsqueda de la comprensión y nuestro gozo en el orden espiritual, son sólo una parte de la oración. Aún se requiere algo más. “Buscar no es suficiente. Es el esforzarnos lo que nos capacita para entrar” (10:16). Encontrar las categorías divinas del Ser no es un fin en sí mismo; las categorías son sólo significativas para nosotros cuando las colocamos al servicio del sentido espiritual. Puesto que el orden espiritual nos da un principio guía, podemos seguir este método de oración. Nos enseña cómo podemos luchar para que nada excepto Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor ore en nosotros. Y también sabemos que la naturaleza séptupla de Dios trabaja por medio de los cuatro modos divinos de operación, y de hecho, en todos los niveles de experiencia—y por consiguiente justo donde estamos en conciencia en este momento.

Padre Nuestro que estás en los cielos
Nuestro Padre-Madre Dios, todo armonioso.

Si dentro de nosotros queremos establecer una atmósfera espiritual de aquello que constituye la naturaleza y esencia de la Mente paterna que es toda armoniosa, entonces lo mejor es volvernos hacia Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor, y comprender a la luz de estos siete sinónimos para Dios, lo que nuestra verdadera Mente paterna es y lo que hace

por nosotros. Entonces estamos en posibilidad de refutar todo lo que la mente humana y el pensamiento mortal nos haya hecho creer dentro de nosotros.

La Mente declara que la Mente paterna es la única gran inteligencia en el ser, que conoce todo, para quien todo es transparente y nada está escondido. Cuando tenemos un problema, la divina Mente paterna se hace cargo de nosotros de la mejor manera, porque no va a cumplir ciegamente sólo lo que el sentimiento y el pensamiento humanos y limitados quieren, sino que sabe lo que verdaderamente necesitamos; piensa en soluciones y tiene ya ayuda preparada para nosotros, aunque desconocida para el conocimiento humano.

El Espíritu nos muestra que la divina Mente paterna es sólo buena por naturaleza. Al apartarnos del problema y volvernos al único Uno, nos abrimos al bien. Aun cuando no sepamos cuál vaya a ser la solución, no necesitamos dudar ni preguntarnos si la situación va a mejorar o a empeorar. La fuente de la cual obtenemos la solución, es decir, la divina Mente paterna, solamente es buena y nada inadecuado o negativo puede venir de ella.

El Alma enfatiza que la Mente paterna toda armoniosa, es inmutable y por lo tanto, siempre permanece todo armoniosa. Así nuestra Mente paterna no puede ser algo más que inmutablemente armoniosa, independientemente de los errores que pudieron haberse originado en el momento en que estemos evaluando una situación. No puede haber circunstancia en la cual la divina Mente paterna pudiera dejar de ser el origen y la fuente de todas las respuestas para nuestras preguntas.

El Principio nos muestra la divina Mente paterna como aquella autoridad superior absoluta establecida en el ser, que tiene jurisdicción sobre toda situación. Por ello nos volvemos al Padre-Madre Dios por ayuda, quien es independiente de cualquier otra influencia—inclusive los pronósticos de las autoridades humanas.

La Vida refuerza nuestra confianza en la divina Mente paterna, porque la Vida es vista como el ser eterno. Por ello en nuestra necesidad no estamos persiguiendo alguna esperanza o ilusión fugaz, sino nos estamos volviendo hacia lo que verdaderamente siempre es. Por otro lado, el intento de volvernos hacia hipótesis temporales, de confiar en los llamados remedios que da la vida, que van y vienen, parece bastante inadecuado, porque no hay Vida infinita en ellos.

La Verdad le da a la divina Mente paterna el carácter de totalidad. Debido a eso nunca falla, ni aun en los pequeños detalles, para expresar en nosotros la idea completa de la paternidad divina.

El Amor nos convence de la perfección de la divina Mente paterna. Desde esta perfección nada sino la perfección, puede fluir. La respuesta que buscamos desde nuestro Padre-Madre Dios sólo puede ser tan completamente armoniosa como Dios mismo.

Santificado sea Tu nombre.

Único adorable.

La segunda petición nos muestra que Dios, el Espíritu, es la única realidad, como aquello que sólo es digno de adoración. Así en la oración, dejamos de lado todos los argumentos que surgen del razonamiento humano, y nos hacemos espiritualmente conscientes de lo que constituye la realidad del ser.

La Mente nos muestra la realidad divina como Todo-en-todo. Por tanto no hay nada que pueda tener existencia o continuidad fuera de la realidad del ser.

El Espíritu nos muestra que la realidad divina es la semejanza de Dios. Así, la realidad de

todo ser no es un reino humano sino un reino espiritual, y es—semejante a Dios—sólo bueno. Por lo tanto, en él no ocurren razonamientos mortales, sino sólo el reflejo infinito de las ideas divinas.

El Alma refuta los argumentos humanos y todos los temores humanos que en este reino de realidad divina pudieran haber estado limitando su eficacia debido a condiciones escasas o a cualquier otro factor. El Alma nos muestra la realidad del ser como aquello que no puede estar limitado o confinado por algo.

El Principio nos muestra que el único Adorable siempre está operando. Oramos a aquello que siempre está en operación manteniendo la armonía del ser.

La Vida declara que sólo esta realidad única es omnipresente. No hay lugar, momento o situación en los cuales el único Adorable esté ausente o indiferente. De esta manera nadie ni nada puede escapar de la omnipresencia de Dios, el bien.

La Verdad refuerza este hermoso tono de la omnipresencia de lo divino y explica la realidad del ser, presentando sólo al único bien como penetrando todo. Por eso aun en el reino de las llamadas creencias y de los llamados errores, la Verdad reclama el bien divino como la única realidad.

El Amor nos asegura finalmente que Dios, el Ser divino, no sería Dios si no estuviera siempre expresado como bien. En el Amor, la realidad divina jamás está sin su manifestación perfecta.

Venga Tu reino.

Tu reino ha venido; Tú estás siempre presente.

El Amor ha explicado que la realidad de Dios, el bien, jamás está sin su expresión. Esto forma un lazo con la oración del Alma. En esta oración, el Cristo provoca que el reino de la realidad divina venga a nosotros. Una vez más podemos dejar que los siete sinónimos para Dios nos expliquen a qué clase de reino le damos la bienvenida con la oración del Alma.

A través de *la Mente* mora ese impulso creativo dentro de este reino divino, que nos permite ver nuevas posibilidades, nuevas oportunidades, nueva esperanza en toda situación. Ninguna situación se vuelve pertinaz, inflexible, insoluble ni llega a un punto muerto.

A través del *Espíritu* vemos que dentro de la realidad divina, que permite que la operación del Cristo venga a nosotros, hay un despliegue constante que produce sólo el bien. Cuando en la oración del Alma permitimos que el reino de Dios viniera a nosotros, aprendimos que en toda experiencia sólo aquello que es semejante al reino divino (del bien) puede venir a nosotros.

El Alma explica esto particularmente hermoso, porque por medio de la operación del Cristo el reino de Dios está siempre presente para nosotros. El Alma traslada el todo a lo específico, el reino divino hacia toda situación en particular, y de hecho en forma tal, que en toda situación el todo del reino divino mantiene su identidad plena como bien. Por ello, cuando estamos en problemas podemos partir de la promesa de que cualquier ayuda que requiramos, también la recibiremos.

El Principio enfatiza también la eterna presencia del reino de las ideas divinas, al permitir que todo cuanto constituye y pertenece a Dios, sea para nosotros Emmanuel o “Dios con nosotros”. Por consiguiente, el reino de Dios es traído cerca de nosotros.

La Vida es la gran paternidad en el ser que nos provee con todo. Por lo tanto, para

nosotros el reino de Dios es la fuente inagotable de todo bien, que jamás cesa de venir a nosotros como la fuente interminable de gracia, estableciendo la totalidad de la Vida en nosotros.

La Verdad se hace cargo, de igual manera, de que el reino de Dios siempre esté cerca de nosotros. La Verdad incluye dentro de sí misma todas las verdades infinitas y siempre señala justo esa verdad específica que necesitamos a cada momento. De esta manera nos da “un grano de Ciencia Cristiana” del cual el Libro de Texto dice que “hace maravillas por los mortales, tan omnipotente es la Verdad” (449:4).

A través del *Amor* vemos que el reino de Dios que establecimos dentro de nosotros en la oración del Alma, es un reino de maternidad divina. Esto no quiere decir sólo que llega a nuestro mundo de oscuridad y dudas un divino trémulo de luz, sino más bien que toda la llamada existencia frustrante, sin sentido y sin objetivo en la que pensamos que vivimos, palidece en insignificancia ante el reino de la maternidad divina, el cual es un reino de riquezas inagotables y cumplimiento sin fin.

Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

Capacítanos para saber que—como en el cielo, así también en la tierra—Dios es omnipotente, supremo.

En la oración del Principio, el Cristo nos hace la demanda: requiere obediencia incondicional. Aquéllos que son honestos consigo mismos conocen por experiencia cuán difícil es esto. Por esta misma razón podemos estar agradecidos por la forma en la cual los siete sinónimos para Dios nos ayudan a subordinarnos a la voluntad divina, de manera que el Principio sea omnipotente y supremo en nuestras vidas.

La Mente corrige toda falta que cometamos. No podemos fallar en alcanzar nuestro objetivo, puesto que estamos divinamente controlados.

El Espíritu dirige la lucha interna, la cual es bueno que peleemos, para poder distinguir claramente entre lo que el Principio quiere y los propósitos de los deseos personales. El Espíritu no nos permite mezclar nuestros argumentos inadecuados y miopes acerca de lo que debería acontecer—cuándo y cómo—con lo que el Principio intenta establecer.

El Alma nos sostiene en nuestra obediencia al Principio al cambiar nuestras esperanzas, deseos y razonamientos humanos, hasta que coinciden totalmente con la voluntad del Principio divino. A medida que satisfacemos más y más la demanda del Cristo por obediencia incondicional, el Alma nos libera de todas las ansiedades, dudas e incertidumbres, y las transforma en una confianza aún mayor en el Principio divino—en una esperanza y una seguridad aún mejor fundadas de que el Principio se impone correctamente dondequiera y en todo tiempo.

El Principio no permite objeciones, no permite nada que pudiera apartarnos de la verdad. Ningún problema por difícil que sea, ninguna situación crítica, ninguna condición física, ninguna teoría médica, ninguna circunstancia de naturaleza material puede ser tan fuerte que no tenga que someterse a la voluntad divina y redentora.

La Vida rechaza cualquier llamada incompetencia y carencia; vence todo cuanto pudiera impedir que coincidamos con la voluntad del Principio divino; la Vida anula todos los obstáculos y prepara el camino que nos conduce hacia el Principio divino.

La Verdad todavía va más allá; elimina el error de todas las opiniones, las miradas, los temores, las esperanzas, los deseos y las teorías personales, estableciendo así la voluntad del

Principio divino en nosotros.

El Amor finalmente nos fuerza hacia la redención, la cual descansa en la obediencia al Principio divino. Aquí experimentamos al Principio divino absoluto—que jamás tolera la desobediencia—como el poder del Amor que es el ultimátum a la desobediencia humana. Por lo tanto, tras el proceso a menudo doloroso de dejar que la voluntad del Principio se establezca, está el Amor para consolarnos y mostrarnos cómo somos recompensados totalmente cuando libremente permitimos que la operación del Cristo acontezca.

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy;
Danos gracia para hoy; alimenta los afectos hambrientos.

La oración de Vida recompensa nuestra devoción vital y ferviente hacia el ser divino, la cual está basada en la obediencia al Principio. Aquí el Cristianismo nos muestra que satisface nuestro sentido espiritual con el pan de Vida, es decir, con todo cuanto podamos necesitar. De esta manera podemos dejar que los siete sinónimos para Dios nos mantengan, en tanto alimentan “los afectos hambrientos”.

La Mente siempre nos provee con la visión, la inspiración y la percepción espirituales, las cuales traen progreso espiritual. Nos conduce, guía y dirige infaliblemente, por lo que jamás podemos extraviarnos en nuestro comportamiento ni dar traspies en la oscuridad debido a algún problema.

El Espíritu imparte la seguridad que necesitamos. Por medio del Espíritu, la Vida nos da esa actitud espiritualmente positiva que nos llega, no desde el candor humano, sino desde el hecho de que la Vida siempre nos da todo el progreso y el resultante éxito espiritual necesario para nosotros, justo donde estamos.

El Alma imparte la anhelada comprensión espiritual, fortalece el sentido del Alma en nosotros y nos provee en toda situación con el sentido definido de la evidencia espiritual – con esa conciencia interior de perfección que no depende del sentido material. La Vida nos proporciona, por medio del Alma, del maravilloso sentido de estar siendo sostenidos y seguros en lo que la Vida nos imparte. De esta seguridad interior surgen la felicidad y la satisfacción.

El Principio está siempre produciendo sólo el bien. La Vida nos provee con este hecho por lo que en toda experiencia estamos bajo la gracia que siempre fluye de la Vida, la cual por medio del Principio, suscita imperativamente el bien.

La Vida siempre es nueva; mantiene y sustenta al hombre, porque la Vida jamás deja que se seque su corriente de gracia. Experimentamos esta gracia al encontrar siempre nuevos y frescos enfoques de la vida, jamás cansándonos en el intento de vida por el hecho de que nuestra devoción vital jamás se convierte en tediosa rutina, sino siempre está boyante con la inspiración y el gozo espiritual por descubrir.

La Verdad establece la justicia divina—el derecho divino—en la oración de una devoción viva, dándonos con ello un sentido completo de tener control en toda situación, porque por medio de la Verdad, la Vida nos da siempre la respuesta correcta.

A través del *Amor* hallamos en la Vida una ayuda siempre presente que todo lo abarca. En el Amor encontramos descanso y paz, porque sus bendiciones están imparcialmente impartidas sobre todo lo que hace contacto con la corriente de gracia de la Vida. La Vida permite que todos y todo compartan la gloria que confiere a través del Amor.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.
Y el Amor se refleja en amor.

Cuando el Amor se refleja en amor, la conciencia errada de mortalidad—el concepto falso de lo que el hombre es—se anula por completo, dando cabida a la conciencia del Gabriel (véase pág. 22). Nos muestra el por qué en realidad no hay error contra el cual pelear o destruir, y todo cuanto tenemos que hacer es morar en la conciencia de la Verdad. En esta conciencia no hay culpa, ni carencia, porque entonces estamos llenos con la conciencia divina que se manifiesta como una actitud superior. A la luz de los siete sinónimos para Dios, vemos que el Cristianismo se revela en lo humano como dicha actitud superior.

La Mente explica que por medio de la oración de Verdad, tenemos la Mente de Cristo, la cual viene al mundo como su salvador. También nosotros ya no confrontamos al mundo y sus asuntos con ansiedad e ignorancia, sino con el conocimiento de Dios, porque por medio de la Ciencia de Dios, aprendemos a razonar en una forma divinamente ordenada para obedecer las leyes divinas y actuar vigorosamente. Este es justo el primer paso.

El Espíritu nos capacita en la conciencia de Verdad, para tener inflexiblemente *un* sólo Dios. Tenemos éxito al poner primero lo divino, dejando atrás todas las inútiles soluciones humanas, y en todos los asuntos relacionados con nuestras propias vidas y con el mundo en general, confiamos solamente en el Espíritu. Esta es la forma más efectiva de protección ambiental. Porque entonces nos protegemos a nosotros así como al mundo de la conciencia errónea, e incluimos a todos y a todo en el reino de la única realidad; olvidamos toda infracción, porque en la realidad del Espíritu no hay pecado ni pretensión de materia. Esto redime al mundo de la creencia de pecado y destrucción.

El Alma nos capacita para identificar todo correctamente en la conciencia de Verdad. Entonces miramos al mundo y nombramos de nuevo todo cuanto vemos, es decir, espiritualmente. Adoptamos más y más la actitud del Gabriel: ya no queremos destruir más todo el error en el mundo, sino ganar—a pesar de la creencia—un concepto del Amor ministrante siempre presente, y esto nos muestra lo que constituye el ser perfecto.

A través del *Principio* encaramos el mundo entero en la conciencia de la Verdad con una actitud constructiva. Porque la obediencia al Principio edifica en nosotros un verdadero panorama científico, el cual, libre del sentido personal, sirve a la armonía del todo.

En la conciencia de la Verdad, *la Vida* nos muestra que el mundo siempre tiene su pionero, listo para seguir los pasos del Cristo, y a pesar de todos los problemas y de la desesperanza general, eleva al mundo fuera de su concepto mortal.

La Verdad nos hace crecer en la verdadera humanidad, la cual ya no depende más de la moralidad humana ni de las reglas de ética para la vida en común, sino del hecho de que aceptamos la conciencia de la Verdad y la reclamamos para nosotros y para los demás.

El Amor nos hace expresar ese hermoso sentido de feminidad hacia todo, que siempre es seguro y optimista, cuya visión es siempre amorosa y compasiva, y por lo tanto, en toda situación, jamás se desvía del punto de vista de glorificar la conciencia de Verdad.

Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.

Y Dios no nos mete en tentación, sino que nos libra del pecado, la enfermedad y la muerte.

En la conciencia de estar liberados o redimidos, hallamos descanso. Sin embargo, la

Ciencia de la oración de redención nos muestra que ninguno de nuestros problemas existió jamás, sino se debió simplemente a la creencia en el llamado opuesto a la perfección divina, de la cual Dios nos libera por medio de una comprensión de los siete sinónimos para Dios.

En la conciencia de redención, *la Mente* nos muestra que estamos liberados de la llamada mente mortal y de todas sus ilusiones, creencias y de la suposición de que Dios o la fuente de nuestra redención, no pudiera ser comprendido inteligentemente.

El Espíritu nos muestra que en el Amor somos liberados de la creencia de que hay más de un Dios. Por ello en el Espíritu, somos eximidos de este concepto dual y de todas las dificultades y problemas que de esto se derivan.

El Alma nos muestra que en el Amor, somos liberados de creer el mentiroso testimonio de los sentidos. Entonces es que nos desprendemos de todas las pretensiones que se opondrían a la naturaleza de Dios como Alma – de los goces y pesares de la corporalidad, del dolor y de la desgracia.

En la oración del Amor, somos liberados a través del *Principio*, del sentido personal y con ello de todas las teorías, especulaciones y doctrinas humanas, y de las llamadas teorías científicas que no descansan en el Principio.

La oración del Amor nos muestra que por medio de *la Vida*, somos liberados del concepto mortal de tiempo y espacio. En la conciencia del Amor podemos comprender a Dios como Vida, como el estado eterno del hombre, que nos libra de la muerte, de las carencias y de todo lo destructivo.

La oración de la glorificación de la perfección nos muestra en *la Verdad*, que estamos libres del error de toda clase, libres de todas las faltas. Aquí vemos que oramos correctamente cuando en toda circunstancia jamás comenzamos con una enfermedad, una mentira acerca de la Verdad, sino permanecemos siempre dentro de la conciencia de la glorificación de la perfección que desconoce toda negación de la Verdad.

El Amor nos muestra que la oración de redención no conoce el castigo ni la condenación. No necesitamos temer, porque en el Amor somos liberados de la creencia de que el hombre, como un factor divino del ser, pueda ser jamás borrado, aniquilado o dañado.

Porque Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos.

Porque Dios es infinito, todo poder, todo Vida, Verdad, Amor, está por encima de todo, y es Todo.

Como el autor desconocido que en siglos posteriores añadiera la fórmula de alabanza o doxología, también nosotros podemos mantener en mente lo que la Oración del Señor nos muestra cuando se comprende científicamente. Entonces vemos:

Todo cuanto está ocurriendo es el único Dios infinito, el Ser divino revelándose a sí mismo como el Verbo de Dios, para que lo podamos hallar como la Mente paterna del todo armoniosa (Mente); como la única realidad (Espíritu); como un reino impecable de ideas, y por lo tanto el reino en el cual no hay concepto mortal del ser de Dios (Alma); como la voluntad divina para armonizar, que se establece dondequiera (Principio); como la fuente siempre abierta y vital de gracia (Vida); como la conciencia divina que excluye todo error, que no conoce de pecado (Verdad); y como la perfección que todo lo abarca, la cual conoce sólo la perfección (Amor).

Estos siete factores primarios del ser contienen un poder potencial dinámico. Siempre lo

que fuerza sobre nosotros el plan divino de redención (Cristo), es el poder divino de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor. Por ello podemos despertar al hecho de que moramos en un reino de armonía divina, en el cual toda Vida, toda Verdad y todo Amor están trabajando para el hombre, inclusive el universo (Cristianismo). Al estar en armonía con Dios, y con su operación y su divino universo, podemos descansar en la seguridad de que éste todo armonioso, es un estado eterno del ser descansando sobre el Principio divino (Ciencia).

Oración individual. Hemos visto en este breve ejemplo cómo una oración puede variar a través de los siete sinónimos para Dios. Tal oración presupone naturalmente cierto conocimiento de los siete sinónimos para Dios y de cómo operan.¹¹ Así es cómo el Padre Nuestro puede ser un nuevo incentivo para cada uno de nosotros para estudiarlo una y otra vez, y hallar cuán fuerte y significativo se vuelve su mensaje de oración cuando seguimos el orden divino contenido en él.

Por eso el ejemplo dado, de cómo considerar la Oración del Señor por medio de los siete sinónimos para Dios, está simplemente orientado para animar a otros a seguir la misma estructura inspirada a su propia manera individual. Esto quiere decir que los puntos de las páginas 24–31 debieran ser considerados sólo como un ejemplo. Todo mundo considerará diferentes ideas acerca de los siete sinónimos para Dios y verá agradecido cómo las actitudes individuales al orar, se vuelven prácticas para nosotros y añaden un valor superior a nuestras vidas al atestiguar cómo las ideas de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor se adaptan a nuestra situación específica.

Como vimos al principio, orar es una cuestión de establecer dentro de nosotros esa actitud interna que nos lleva a la armonía con la naturaleza esencial de Dios. ¡Qué mejor para provocar esta conformidad con lo divino, que desprenderse de todos los razonamientos humanos y materiales y practicar “las matemáticas espirituales” (TM:4), al aceptar activamente las ideas de Dios en nuestra conciencia!

¹¹ Para una comprensión científica de los siete sinónimos para Dios, véase de Max Kappeler, *References in the booklets Compendium for the study of Christian Science, #1–10*. Especially Nos. 4–10 (Seattle: Kappeler Institute Publishing USA, 1995), available only in english. [Resumen de las *Referencias en Folletos Compendio para el Estudio de la Ciencia Cristiana, #1–10*. (Seattle, Editorial del Instituto Kappeler, USA, 1995), disponible sólo en inglés.]; también de Kappeler *The Seven Synonyms for God*. [*Los Siete Sinónimos para Dios* (Seattle, Editorial del Instituto Kappeler, USA, 1978), disponibles sólo en inglés].

ACERCA DEL INSTITUTO KAPPELER

The Kappeler Institute for the Science of Being, Inc. (USA) [El Instituto Kappeler para la Ciencia del Ser, División USA] es una organización no lucrativa, exenta de impuestos. Su principal objetivo es ofrecer una distribución más amplia de las revolucionarias investigaciones, escritos y grabaciones del Dr. Max Kappler, (de Suiza). Conserva los archivos de todas las obras de Kappler y hace accesibles estos escritos y grabaciones a los estudiantes. También publica un boletín informativo semestral. Para recibir un catálogo o para añadir su nombre a la lista de correos del boletín, sírvase contactar al Centro Principal de Información en USA: PO Box 99735, Seattle, WA 98139-0735 o mail@kappelerinstitute.org.

El Instituto ha sido registrado bajo las leyes del estado de Delaware en los Estados Unidos, y de acuerdo a la Ley de Ingresos local. Está destinado a la educación y a la investigación. Los fondos donados al Instituto se aplican directamente al trabajo actual de hacer accesible el tema a los estudiantes. Quienquiera que desee participar en el objetivo del Instituto a través de apoyo financiero, puede hacer contribuciones exentas de impuestos (aplica sólo en USA), donativos o legados.

ACERCA DE MAX KAPPELER

Max Kappeler, 1910-2002 (de Suiza), un estudiante de John. W. Doorly, C.S.B. 1878-1950 (de Inglaterra), fue un estudiante dedicado de toda la vida a la Ciencia Cristiana. Luego de obtener su doctorado en economía en la Universidad de Zurich, inició su búsqueda acerca de un sentido más científico de la Ciencia Cristiana, uniéndose al grupo de investigadores de John Doorly en 1938. El inicio de la Guerra lo llevó de nuevo a Suiza, donde en 1948, luego de una exitosa carrera empresarial, se sintió impulsado a dedicar todo su tiempo a la investigación, enseñanza y práctica de la Ciencia de la Ciencia Cristiana. Durante más de 60 años escribió libros e impartió cursos sobre este tema en Suiza, Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos. Sus escritos han sido publicados tanto en alemán como en inglés, con temas selectos en francés y ahora en español.

ACERCA DE LA OBRA DE KAPPELER

La obra de Kappeler representa un enfoque científico de la Ciencia Cristiana y la Biblia, más que religioso, denominado “la Ciencia de la Ciencia Cristiana”. Sus investigaciones que dieron como resultado sus múltiples libros y conferencias, están basadas por completo en la Biblia, en los escritos de Mary Baker Eddy y de su maestro John W. Doorly. Su enfoque científico de lo espiritual, va a desafiar, inspirar y ofrecer una entrega de tiempo completo, a aquéllos que están en busca de una comprensión más profunda y espiritual de Dios, el hombre y el universo.

Este estudio está dedicado al pensador científico. La obra de Kappeler ofrece un marco de referencia comprensivo para el estudio y el entendimiento científicos de Dios, junto con los resultados transformadores que dicha comprensión confiere. Aquéllos que buscan comprender al Ser único a través de sus leyes, órdenes, reglas, sistema, estructura y funcionamiento multidimensional divinos, hallarán estas enseñanzas dentro de las obras más profundas de nuestra época.

La obra de Kappeler no está relacionada ni aprobada por ninguna organización religiosa. Tampoco pretende él, ni el Instituto, tener los derechos exclusivos sobre la Ciencia de la Ciencia Cristiana, ni presentarse como una autoridad para aprobar, controlar o regular el trabajo acerca de la Ciencia. Su único propósito es publicar, promover y distribuir las obras del Dr. Kappeler.

KI USA Publicaciones Disponibles en Español

Introducción a la Ciencia de la Ciencia Cristiana, Max Kappeler
[*Introduction to the Science of Christian Science*]

La Ciencia de la Oración, Max Kappeler
[*The Science of Prayer*]

La Estructura del Libro de Texto de la Ciencia Cristiana—Nuestro Camino de Vida, Vol. I: Revelación de la Estructura, Max Kappeler
[*The Structure of the Christian Science Textbook—Our Way of Live, Vol. I: Revelation of the Structure*]

Los Siete Sinónimos de Dios Satisfacen la Necesidad de un Nuevo Sistema de Referencia para el Mundo, Joel Jessen
[*The Seven Synonymous Terms for God Meet the World's Need for a New System of Reference*]

¿Por qué estudiar Ciencia Cristiana, como Ciencia?, Max Kappeler
[*Why Study Christian Science as a Science?*]